

NO HAY MARCIANOS

CLARK CARRADOS

COLECCION

ESPACIO

NO HAY MARCIANOS

por

CLARK CARRADOS

EDICIONES TOKAY, S. A.

Teodoro Llórente, 13

BARCELONA

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

GRAFICAS TRICOLOR – Eduardó Tubau, 12 - Barcelona

ESPACIO

TITULOS PUBLICADOS

1El átomo juega su baza

2El cerebro

3La invasión de los hielos

4Terror en el IV Planeta

5La rebelión de los átomos

6Dueños del mundo

7Pánico

8Dimensión “X”

9Planetoide 2.012

10“Ellos”

11El negro espacio silencioso

12Motín electrónico

13Tesoro cósmico

14Rebeldes de la Galaxia

15Tiempo dos

16Objetivo: Tierra

17Los hombres arañas de Titán

18El enigma de los siglos

19El hombre de la doble dimensión

20Después del diluvio

21La vuelta de Gulliver

22La incógnita de Marte

23Estampida al satélite

24Las máquinas locas

23 Viajes prohibidos

26La amenaza negra

27Elia, reina de Júpiter

28 Las minas del cielo

29F. B. I. contra Marte

30El camino sin fin

31¡S. O. S., Plutón!

32Retorno al Paraíso

33Desgravitación

34Los fito-venusianos

35El viajero de Saturno

36 Una lápida en la Luna

37El planeta desconocido

38No hay marcianos



CAPITULO PRIMERO

El estrépito era ensordecedor. La red de megáfonos, instalada por todo el ámbito del astropuerto, emitía sin cesar airosas marchas militares, producidas por los noventa instrumentos de la banda del Primer Regimiento de Granaderos del Espacio. La llanura era inmensa, pero, aun así y todo, se veía ocupada por centenares y centenares de millares de personas, ávidas de presenciar el aterrizaje de la espacionave.

Para ayudar a la brillantez de la recepción, el sol, luciendo intensamente en un cielo sin nubes,iluminaba espléndidamente el astropuerto, y el rumor de las excitadas conversaciones parecía el zumbido incesante de una gigantesca colmena apícola, de dimensiones jamás sospechadas, ni tan siquiera pensadas.

Los servicios de orden público actuaban incansablemente, retirando constantemente a los osados que burlaban las barreras que

delimitaban el espacio libre del acotado estrictamente como zona de aterrizaje. Una liviana brisa soplaba de vez en cuando, refrescando así los ardores del astro rey, demasiado intensos a pesar de no hallarse en su apogeo la estación primaveral. El tiempo era realmente bueno y la inmensa mayoría de los espectadores habían prescindido de toda clase de prendas que pudieran aumentarles el ardor de que ya estaban poseídos de sobra.

«...estamos, señoras y señores —aullaba el locutor de la «All World T. V.»—, ante uno de los hechos más sensacionales de la historia de la Humanidad. Dentro de pocos momentos se repetirá la gesta de Cristóbal Colón yendo a dar cuenta a los Reyes Católicos en Barcelona de su descubrimiento de un Nuevo Mundo. Dentro de pocos momentos, repito, la expedición del profesor Proctor dará cuenta, al aterrizar, de los fabulosos descubrimientos que han hecho en su primer viaje, el PRIMER VIAJE, así, con mayúsculas, a Marte... Contemplen el superfantástico aspecto que presenta el astropuerto de Lunaria, donde el «Meteor», el cohete que ha servido de vehículo en el histórico viaje de ida y vuelta a Marte... ¡Atención! ¡Atención...! ¡Ultimas noticias!... Nos acaban de comunicar que el «Meteor» ha tomado contacto en este mismo instante con la Estación Espacial N.° 2, en donde se le está acoplando el elemento de planeo a fin de que pueda viajar sin detrimento por la atmósfera terrestre y...»

Horas después, todo el mundo estaba ya enterado de la inmensa mayoría de los resultados obtenidos en la expedición. Y una de las cosas que derrumbó un mito y una leyenda, casi tan antiguos como el mismísimo planeta Tierra, fue el hecho de que Marte estuviera deshabitado.

¡EN MARTE NO HAY VIDA ANIMAL!

¡NO HAY MARCIANOS!

Así lo pregonaban los periódicos en grandes titulares. Así aullaban los locutores de radio y T. V.

¡NO HAY MARCIANOS!...

Así comentaba la gente las incidencias del viaje. Como éxito científico, era espléndido. Pero para los que habían esperado hallar una raza más o menos parecida a la terrícola, inteligente, y con la que se hubiera podido establecer relaciones interplanetarias, el hecho de que el Cuarto Globo del Sistema Solar fuera una bola desierta, con una raquítica vegetación que luchaba por sobrevivir en un medio totalmente hostil, no dejaba de causarles cierta decepción.

— ¡NO HAY MARCIANOS!

—Y, por lo tanto, tampoco hay marcianas, Tim…

—¡Qué lástima! Con lo que me hubiera gustado invitar a una de ellas a tomar una copa aquí…

¡NO HAY MARCIANOS!…

—¿Y para eso tanto barullo…? — era la pregunta general de millones de personas, humilladas por ladecepción que se habían llevado al aterrizar el profesor Proctor y sus compañeros de expedición.

—No hemos encontrado el menor rastro de vida animal —había dicho el primero—. Claro es que tampoco hemos explorado el planeta en su totalidad; pero hay que suponer que el resto sea igual. Permanecimos en Marte demasiado tiempo para que no nos hubieran localizado los supuestos marcianos, caso de existir…

—¿Por lo tanto…?

—¡NO HAY MARCIANOS!… —había sido la rotunda respuesta de Proctor.

—¡NO HAY MARCIANOS!… —corroboró Hans von Kenda, piloto.

—¡NO HAY MARCIANOS!… —coincidió Tomás Vega, navegante.

—¡NO HAY MARCIANOS!… —recalcó Casey O'Leach, radio.

Y así todos los miembros de la expedición, con rara unanimidad, coincidieron en que Marte estaba tan desierto como cualquiera de los Polos terrestres en Nochebuena.

—Es una lástima — murmuró pensativo unas cuantas noches después Joe «Llorón», tras haber escuchado un reportaje televisado a cargo del profesor Proctor.

—¿Por qué es una lástima? — inquirió Ilya Korinsky, una despampanante rubia, lánguidamente semirrecostada en un diván, contemplándose con infinita atención el pulimento de sus sangrantes uñas.

—¿Por qué es una lástima, jefe? —gruñó, sin quitarse el poste en forma de habano que tenía entredientes King-Kong Piazzai, un energúmeno de dos metros cinco centímetros de estatura y miembros proporcionados.

—¿A qué se refiere usted con eso de la lástima, patrón? — quiso saber Teófilo, un diminuto portorriqueño, barajando velozmente las cartas.

Antes de replicar, Joe «Llorón» eligió con todo cuidado un cigarrillo, que luego encendió con visible placer. Se sirvió una buena dosis de licor en un alto vaso y con ambas manos gratamente ocupadas comenzó a pasearse lentamente por la estancia.

—Digo que es una lástima — habló al fin—, porque si Marte, como era lo lógico, hubiera tenido habitantes, nosotros hubiéramos podido ganar una fortuna.

—¿Una fortuna? — inquinó Tex Trumpler, un tejano alto, larguirucho y desgarbado, que desentonaba horriblemente en aquel lugar. Odiaba las vacas. Por ello se había ido a vivir a la ciudad.

—Sí… — murmuró Joe, siempre meditabundo. Se largó un buen trago al coleto y murmuró: —Tendríamos los dólares a sacos… Pero eso de que no haya marcianos…

—No te comprendo — exclamó Ilya. Como buena hebrea ya empezaba a engordar aun siendo joven y por ello sus formas eran más ampulosas de lo que convenía a una mujer que aún no había cumplido los treinta.

—Ni falta que te hace —gruñó, molesto, Joe y, siempre con su obsesión a vueltas en su magín, repitió: —¡Mira que no haber marcianos…!

—¡Estúpido!—gritó de pronto Piazzai, y «Llorón» se volvió repentinamente, con un brillo de colera en los ojos.

—¿Qué has dicho, King-Kong?

El italoamericano se levantó, atemorizado:

—¡Oh, no, jefe! —se disculpó, extendiendo las manos con las palmas vueltas hacia Joe—. Se lo decía a este macaco de Teófilo que…

Sonó el ominoso ¡criiick! de una navaja de muelles al ser abierta. En la mano del portorriqueño acababa de aparecer un estilete de acero que refulgió con plateados destellos.

—¡La primera vez que vuelvas a llamarme estúpido o algo parecido, te echaré las tripas al aire, montón de carne con ojos!— sibiló amenazadoramente.

Intervino Joe rudamente:

—¡Callaos, estúpidos! ¡Dejadme pensar!

—¡Ja, ja…! —exclamó Ilya, burlonamente—. ¿Pensar? Tendrías que tomar inmediatamente un kilo de aspirinas, Joe.

«Llorón» se volvió como picado por un áspid.

—¡He dicho que quiero pensar, saco de grasa con maquillaje! ¡Lárgate de aquí y déjanos solos!

La muchacha se incorporó, brillándole los ojos de ira.

—¡No te consentiré…!

Pero Joe estaba furioso y la tomó por uno de sus carnosos brazos, la obligó a incorporarse a la fuerza y después la arrastró hacia la puerta. Abrió ésta de un tirón y concluyó la «expulsión» con una fenomenal palmada en el final de la espalda de la rubia que sonó como un pistoletazo. Una carcajada general acogió la hazaña del jefe, quientornó a pasearse tras haber llenado de nuevo su vaso y encendido otro cigarrillo. El trío de acólitos volvió de nuevo a su interrumpida partida de cartas.

—¡No hay marcianos! —monologó una vez más Joe—. No quisiera más que uno. Solamente uno y me aburriría de tanto billete… Creo que hasta me darían asco.

Piazzai, Teófilo y Trumpler se miraron entre sí. Y cada uno de ellos vio en la sien del otro un índice que la barrenaba. Sin embargo, se limitaron a pensar el gesto: no se atrevieron a ponerlo en práctica. Joe tenía muy malas pulgas.

Interiormente, decidieron olvidar la cuestión.

Pero, de repente, «Llorón» se detuvo. Le brillaban los ojos de excitación. Tiró el cigarrillo y chasqueó los dedos.

—¡Ya está…! —dijo—. ¡Ya tenemos al marciano…! ¡Naturalmente! ¡Qué idiota soy! ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes?

—¿Cómo no se le habrá ocurrido antes el qué, jefe? —preguntó Tex. Aunque hacía tiempo que vivía en la ciudad, aún conservaba el típico acento tejano, que él subrayaba aún más arrastrando mucho las palabras.

—No hay marcianos, ¿verdad? Pero, ¿y si nos lo inventáramos?

—¿Inventar un marciano? —la exclamación fue triple y unánime y, tras ella, las bocas de los jugadores formaron sendos círculos de estupefacción.

—Sí, claro. Nosotros fabricamos un marciano. Lo exhibimos y luego nos forramos.

—Es muy fácil decirlo, patrón —rezongó Teófilo—, ¿Olvida acaso las declaraciones de los miembros de la tripulación?

Joe se echó a reír desdeñosamente.

—Cualquiera diría que desde que el mundo es mundo y se navega, lo mismo en barco, que en avión, que en astronave, no ha habido nunca polizones.

Las espesas cejas de Piazzai comenzaron a alzarse. Su deprimida frente pareció iluminarse con una rendija de comprensión.

—Me parece que veo luz —dijo.

—Pero tanto el profesor Proctor como sus tripulantes jurarán que en la nave solamente vinieron ellos —objetó el tejano.

—La nave es grande y sobra sitio para que un marciano… del tamaño de Teófilo pueda esconderse.

—¿Quiere decirme dónde, jefe? —sonrió éste, con el máximo de desdén que le era permitido—. Estamos hartos de ver descripciones del «Meteor». Unos hombres que se han tirado dos meses viajando por el espacio, en una parte de la espacionave tan pequeña como la destinada a la tripulación, no han podido dejar, aun cuando no quisieran, de escudriñar todos los rincones del artefacto.

—Teófilo tiene razón — concedió Piazzai, retrocediendo en su optimismo—. Además, aunque el marciano tenga figura de bestia, de algo ha de vivir. Comerá hierro, o plástico o carne, pero ha de comer, ¿no? Y los viajeros del «Meteor» no hubieran dejado de notarlo.

Las objeciones que le presentaban sus hombreseran atinadísimas a más no poder, pero cuandoa «Llorón» se le metía una idea en la cabeza no había otra forma de sacársela que substituyéndola por una buena bala calibre 44. Pero había un inconveniente: ninguno de ellos tiraba más rápidamente que su jefe.

—Yo creo que sí —dijo, obseso en su idea—. Hay un sitio en la espacionave que ellos no habrán registrado siquiera.

—¿Sí? ¿Cuál? —preguntó Teófilo.

—La cámara de energía. El mando es automático desde la cabina de pilotaje. Allí nadie entra desde que colocan los reactores en los departamentos de carga en la Estación Espacial. Muy bien pudo venir el marciano escondido allí. Entró a curiosear y, cuando se quiso dar cuenta, se encontró viajando por el vacío.

Joe se iba entusiasmando a medida que hablaba.

—¡Hombre, pues no está mal! —dijo el italiano—. La verdad es que el cuento podría tener una base de veracidad.

—¿Y quién sería el marciano? — rió Trumpler—. ¿Contratarías a Rex Bannion, el galán de moda, en las películas de aventuras? Alto, robusto, con una figura que enloquece a las mujeres, podrías presentarlo como el príncipe heredero del reino de Marte que se vino a la Tierra por curiosidad, o a buscar esposa.

—No —denegó Joe, moviendo significativamente la cabeza—. Sospecharían que se trataba de una impostura. ¿Quién iba a creer en un marciano con la pinta dé Bannion?

—Está bien — dijo Piazzai—. ¿Cómo lo va a imaginar, pues? ¿Con cinco brazos y nueve patas, consiete ojos en la frente y tentáculos en lugar de pelo? ¿O con alas de murciélago, como Drácula?

Joe dejó el vaso en la mesita. Luego se fue hacia Teófilo y lo miró fijamente. Dio un par de vueltas a su alrededor y el portorriqueño, comenzando a sospechar que de toda aquella broma el único que pagaría las consecuencias iba a ser él, protestó:

—¡Eh, jefe! ¡Que ya sé que soy feo, pero vamos, no tanto!

—¡Cállate, macaco! —gruñó «Llorón», e instantáneamente Teófilo se encogió en su silla. Luego, sin volverse, murmuró —: Escucha, King-Kong, antes de venir a Norteamérica, tú estudiaste algo de arte en Roma, ¿o me equivoco?

El gorila sonrió forzadamente.

—¡Jefe, yo...! Manchaba telas nada más. Pero me moría de hambre, esa es la verdad.

—Sin embargo, una vez, para reíros tú y ese par de zoquetes, me hiciste una caricatura, ¿eh?

—Jefe, yo...

—La próxima vez dibujarás en una plancha de acero. ¡Y te la haré tragar sin enrollar siquiera! ¡Vamos, King-Kong, busca papel y un lápiz.

—Sí, jefe, sí —replicó Piazzai presurosamente.

Cinco minutos después volvió y se sentó a la mesa. Joe continuó:

—Fíjate bien en Teófilo. Procura dibujar el «marciano» — subrayó la palabra con ironía—, a partir de la cara de éste, ¿me entiendes?

—Sí, patrón.

—Yo te daré instrucciones... No; no quiero la nariz así. Más chata... Eso es... Los agujeros más anchos. Muy bien. Los ojos saltones... Más...

Durante un buen rato el italoamericano continuó dibujando, rectificando, añadiendo, quitando, hasta que, al fin, el dibujo quedó a gusto de «Llorón». Lo tomó éste con ambas manos, examinándolo con ojo crítico durante unos cuantos minutos.

—¡Perfecto! —exclamó—. ¡Espléndido! Teófilo, vas a hacer un marciano maravilloso. Nos vamos a hinchar.

—A mí no me parece tan perfecto —objetó Trumpler, y Joe lo miró con aire ceñudo.

—¿Puede saberse por qué, vaquero fracasado?

El interpelado tragó saliva antes de contestar.

—Sabiendo lo que se sabe actualmente de Marte, ¿cree usted que se tragarán la fábula del marciano? No; no correspondería la pinta del dibujo a un habitante de aquel planeta. En las condiciones de vida que allí reinan, lo lógico es que tuviera una piel espesa y peluda. Si aún fuera de Venus... podría pasar. Venus debe de ser muy pantanoso. Pero en Marte... Jefe, un consejo...

—¡No te lo he pedido! —cortó «Llorón» secamente—. El marciano será tal como lo ha dibujado King-Kong.

El tejano se encogió de hombros.

—¡Allá usted! Pero lo que es conmigo no cuente — y diciendo se fue a levantar, pero Joe lo derribó sobre la silla de un fuerte empellón en el pecho.

—Quieras o no, Tex Trumpler, tú serás uno más de la banda. Ya

no puedes largarte. Sabes demasiado, ¿entiendes?

El tejano se encogió de hombros y, por toda respuesta, comenzó a liar un cigarrillo, según un anticuado método ya en desuso en la primera mitad del siglo XXI. Joe prosiguió:

—Hay que buscar un hábil maquillador que nos convierta a Teófilo en marciano.

—Jefe —protestó el aludido débilmente—, usted no me quiere bien.

—¡Cállate, macaco! Piazzai, esto queda de tu cuenta. Tú supervisarás la actuación del maquillador y luego...

—Le cierro la boca, ya lo sé...

—Exacto. A veces creo que eres menos gorila de lo que pareces.

—¿Cómo me meteré allí? —inquirió quejumbrosamente el portorriqueño.

—Eso queda de mi cuenta, Teófilo — replicó Joe—. Todavía tengo que determinarlo, aun cuando lo tengo medio pensado ya.

En aquel momento Trumpler se decidió a intervenir, hablando entre bocanada y bocanada de humo:

—Joe, se olvida usted de un detalle.

—¿Cuál?

—Suponiendo que todo el mundo se trague lo del marciano, el Gobierno lo requerirá para él. Teófilo se quedará bajo custodia federal para que lo examinen los sabios y, ¿qué ocurrirá entonces? Que la trampa saldrá a relucir en cuanto le rasquen la piel. No. Ni siquiera tendrán que rascársela. Si yo fuera sabio, lo primero que haría sería ponerle detrás de una pantalla de rayos X y... Bueno, ¿Para qué seguir?

Joe frunció el ceño. La objeción era realmente importante y difícil de combatir. Pero, tras hacerfuncionar su cerebro a presión, sonrió de nuevo una vez más, allanado el camino.

—Muy sencillo —dijo—. En cuanto me vea, el marciano, que solamente hablará cosas raras que nadie entenderá, pero que, con su gran inteligencia, aprenderá muy pronto el inglés, se me pegará a mí como una lapa. Como un perrito fiel, vamos. Y yo me constituiré en

una especie de propietario suyo que no consentirá, de momento, análisis alguno. Entretanto, exhibiéndolo, tendremos tiempo suficiente para llenarnos los bolsillos, ¿comprendido?

CAPITULO II

—¿Qué te parecen esas fotografías, «Ojo de Águila»?

Jay Goddard, reportero gráfico, más conocido en el mundillo periodístico por el sobrenombre citado, examinó con muy poco interés la serie de cartulinas que le alargaba Moses Hinnitz, director, a la vez, del «Tribune» y de la sección de noticiarios de la «All World T. V.», pero con el ojo crítico del profesional experto en la materia.

—¡Psé...! —dijo al cabo de unos momentos—. No veo nada de particular en ellas. De no ser por el tono parduzco, podrían confundirse con algunos trozos del ex desierto del Sahara o de nuestro Valle de la Muerte.

—Pues no dejan de tener su importancia —refunfuñó Hinnitz, molesto por la displicencia de su subordinado—. Al fin y al cabo, son las primeras fotografías directas de Marte. Desde su superficie. No a través de un telescopio.

Jay se encogió de hombros.

—¿Y qué? ¿Era eso solamente lo que tenía que decirme?

—Hombre, Jay; yo pensé que a un hombre de tu calibre le agradaría ver estos documentales. No dejan de tener cierto interés.

—Hinnitz, si se hubiera usted pasado desde los dieciséis años hasta los treinta y dos que tengo ahora con un ojo detrás del ocular de la cámara fotográfica, o de cine, o de televisión portátil, todo eso, por muy marciano que fuera, le dejaría bastante frío. Cualquier paisaje lunar vale cien veces más que estas desoladas llanuras apenas onduladas de nuestro vecino en el sistema.

—Bueno, bueno —gruñó el director—. Ahora lo que me conviene son unas cuantas fotos directas de Proctor y de sus compañeros.

—¿Acaso no tiene ya suficientes? —protestó vivamente el reportero.

—No de la clase que quiero. Solamente las tengo de él, de von Kenda, de Vega, de Casey, pero solos. Las que me interesan son aquéllas en que se les vea con sus respectivas familias, a salvo ya de los peligros del viaje sideral.

—¿Peligros? —rio Goddard—. Jefe, usted no está bien de la calabaza. El único peligro que tuvieron fue el de morirse de aburrimiento y todo porque se les olvidó echar un paquete de naipes y unos dados en el equipaje...

—Déjame a mí —cortó, enfadado, Hinnitz—. A la gente le gusta que Proctor y los suyos hayan padecido mucho durante el viaje. Y sus familias, más. Las fotografías tienen que ser con sus esposas y sushijos, y su madre, el que la tenga, y éstos han de reflejar en sus rostros el infinito alivio que les producirá el tener a los héroes en casa, ¿me comprendes?

Jay encendió un cigarrillo con gesto cansado.

—Sí, explotador de la ingenuidad humana. ¿Cuándo?

—Aguarda un momento —y el director del «Tribune» se inclinó, llamando a alguien.

Dos minutos después la puerta se abrió y una encantadora cabecita asomó por ella.

—¿Cómo tiene el estómago, jefe? —La voz de la muchacha era deliciosísima.

—Adelante, Sophie, adelante — replicó Hinnitz de buen humor—. No pase cuidado. No me la comeré: tengo el estómago a rebosar.

Jay se puso en pie y aplastó el cigarrillo contra el suelo, con visible mal humor.

—Me niego a obedecer sus órdenes, patrón.

La muchacha entró, caminando con infinita gracia, no exenta de energía y decisión. Vestía unos simples y ajustados pantalones, un «sweater» de punto negro y cuello rojo, y zapatos sin apenas tacón, de material elástico y poroso, de color rojo. Se sabía esbelta y procuraba acentuarlo.

Sophie Stracke tenía a su cargo la sección femenina de los reportajes, bien que ello no excluyera que, en ocasiones, se le encomendaran otras misiones completamente diferentes y que ella había sabido llevar a buen puerto con innegable pericia. Pero, en

aquella ocasión, y según había planeado el asunto el director, ella era la indicada. Hizo unmohín de desprecio cuando escuchó la rotunda negativa del fotógrafo.

—Bueno —se encogió de hombros—, para estropear negativos, cualquier persona es buena.

La indirecta hizo enrojecer a Jay, quien, tomando sus bártulos de encima de la mesa, inició una retirada llena de cólera, pero no había dado media docena de pasos cuando se quedó clavado.

—¡Alto ahí, «Ojo de Águila»! Si quieres comer, retrocede. Y no olvides una cosa: un hombre despedido por Moses Hinnitz es un hombre parado por el resto de sus días. ¿Me explico claro?

—Muy diáfano —mordió las palabras, murmurando a continuación algo ininteligible, el reportero gráfico, y se volvió junto a la mesa, sin mirar a Sophie siquiera.

—Está bien, domador de fieras hambrientas — dijo Jay—. Explíquele a la señorita Stracke de qué se trata.

En tanto que el director y la periodista hablaban, alguien entró con una voluminosa bandeja repleta de cartas, que dejó sobre la mesa, retirándose a continuación en silencio. Curioso, Jay cogió algunas al azar.

—¡Bah…! —monologó—. Cartas al director… Ya se sabe: consumidores de bicarbonato, solteronas histéricas, políticos ofendidos…

Hojeó unas cuantas. De repente se echó a reír, llamando la atención de los otros dos.

—¿Qué es ello, Jay? —preguntó Hinnitz.

—Escuche, jefe… Oiga lo que dice este estúpido: *«…y no está demostrado concluyentemente que no haya, marcianos. El profesor Proctor y los miembros de su expedición pueden sostener dicha tesis, pero todavía no está explorado el planeta lo suficiente como para asegurarlo bajo juramento o poco menos como ellos lo hicieron… Es como si un supuesto marciano aterrizara en un Polo terrestre y no se preocupara de recorrer más de cien o doscientos kilómetros a la redonda de su punto de llegada y…»* ¡Bah…! Estoy seguro de que lo ha escrito a las cuatro de la mañana, borracho perdido.

—Bueno, déjala ahí… Ya la leeré luego y… ¿Qué ocurre, McLedd?

—Jefe, aquí traigo un anuncio la mar de curioso — dijo el recién llegado, jefe de la sección publicitaria del «Tribune», y el director se amoscó.

—No hay anuncios curiosos en el periódico. Jamás nos hemos asombrado por rareza más o menos — rezongó entre dientes.

—Pero ahora sí, señor Hinnitz —dijo McLedd, enseñándole algo —. Este fulano quiere que durante ocho días publiquemos en primera plana una frase que diga solamente: HAY MARCIANOS.

Hinnitz botó en su asiento. Golpeó la mesa con el puño.

—¡Ese hombre está loco!

McLedd se encogió de hombros.

—Puede — repuso —, pero solamente me lo parecerá si el cheque que adjunta no tiene provisión de fondos. En caso contrario...

—¡ Tenga o no tenga fondos, ese anuncio no se publicará! —gritó, comenzando a congestionarse, el director.

—¡Caramba, jefe! ¿Acaso teme usted al ridículo? — McLedd sabía lo que se hacía.

—¿Yo? ¿Quién ha dicho que tenga miedo al ridículo ? — Hinnitz cogió la carta y el cheque, los examinó unos segundos y continuó: — No me importa lo que pueda pasar, pero eso que dice... ¡Oiga! ¡Escuchen! ¿Dónde está esa carta que acabas de leer hace unos minutos, Goddard?

Moses buscó frenéticamente hasta encontrarla. Luego la agitó triunfante. Pero inmediatamente sonó el timbre del teléfono.

—¿Diga? —Mentalmente le deseó la más sangrienta de las torturas chinas al importuno comunicante; sin embargo, su expresión colérica varió en un segundo al escuchar las palabras de su interlocutor—. ¿Cómo? ¿Qué dice? ¿Que está seguro de que hay marcianos? Escuche, amigo... Le aconsejo que vaya a ver un psiquiatra inmediatamente... ¿O acaso es usted el marciano? Mejor será que quite ese pañuelo que ha puesto delante del ojo del comunicador y así le veré la cara... ¡Eh! ¡Oiga! ¡Oiga!... — Hinnitz miró a su auditorio y dijo desolado —: Colgó.

Jay se rascó la barbilla meditabundo.

—¿No le parecen demasiadas coincidencias en pocos minutos,

jefe? Una carta que sostiene que hay marcianos; un anuncio por el estilo, acompañado de un substancioso cheque, y, por último, alguien que por el hilo jura y perjura que hay habitantes en Marte... A ver si ese profesor Proctor nos ha estado tomando el pelo y resulta que se trajo un ejemplar para su uso.

—Jay —exclamó severamente Hinnitz—, coge tus bártulos y lárgate. Deja eso de mi cuenta.

—Está bien, ogro, ¿Vamos, señorita Stracke?

Y, cuando hubieron desaparecido los dos, McLedd miró al director.

—¿Qué hacemos del anuncio, patrón?

—Averigua si la cuenta de ese cheque está cubierta y que lo pongan. ¿No lo pagan?

* * *

—Perfecto —exclamó Joe «Llorón», viendo el aspecto que presentaba Teófilo—. Perfecto —repitió y, a continuación, se dirigió al hombre que había creado tal maravilla del maquillaje—. Ha realizado usted una labor espléndida, señor... ¿Cómo dijo que se llama?

—Tuck, Isaac Tuck, señor.

Joe se echó mano al bolsillo con aire de millonario. Extrajo un rollo de billetes, entregando unos cuantos al maquillador.

—Nos vamos a divertir enormemente en la fiesta de esta noche —sonrió, y luego se dirigió a Trumpler —: Sírvenos unas copas, ¿quieres? Hemos de celebrar el éxito por adelantado. El señor Tuck es un artista dentro de su profesión.

El tejano hizo lo que se le mandaba y alargó un vaso a Tuck, quien alzó su maño. Los otros le imitaron... *pero no bebieron*.

El maquillador se echó al coleto todo el licor que había en el vaso, de un solo trago. Carraspeó y tosió.

—¡Diablos! ¡Qué fuerte está esto! Parecía fuego.

Joe sonrió amablemente.

—Es un «cocktail» de mi invención. Por ello le puse el nombre: *Fuego líquido*. ¿Eh? ¿Qué le parece?

—Es... estupendo —dijo Tuck.

Cerró los ojos y vaciló un instante. Piazzai lo

sujetó.

—¡Caramba! —sonrió Tuck forzadamente —. No soy un borrachín habitual, pero tampoco me mareo por... por copa más o menos. Bueno, señor... ¿Cómo

dijo que se llamaba?

—Es igual, es igual —murmuró Joe, sin abandonar su actitud amable—. Tex, acompáñalo.

Pero apenas había dado dos pasos cuando Tuck se venció hacia adelante, contrayéndose en una mueca de infinita angustia. Le pareció que un dardo de fuego le había atravesado las entrañas.

—¡Ooooh...! —gimió—. ¡Agua, agua, por favor! — pidió.

Nadie se molestó en calmar su sed. Por el contrario, Tex lo tenía sujeto de un brazo y le soltó de repente. El maquillador cayó al suelo, revolcándose con espantosos dolores, rodeado por un círculo de siniestras sonrisas, en tanto que de su boca salía una espumilla amarillenta. Pero súbitamente todos sus miembros se relajaron y se quedó inmóvil.

El hombre había muerto.

Hubo un momento de silencio, bruscamente interrumpido por la repentina irrupción de Ilya.

—¡Cáscaras! ¿Qué es esto? ¿Un funeral?

—Tú a callar, estúpida — dijo ásperamente Joe —. King-Kong, a la noche os deshacéis del fiambre. Ahora romped los vasos y limpiad bien todo para que no quede el menor rastro.

Los «gángsters» obedecieron, retirando el cadáver del infeliz Tuck. Entretanto, Joe se paseaba meditabundo, mientras que Teófilo se agitaba incómodo dentro de su disfraz. De repente el primero se detuvo, exclamando:

—¡Ya está! Había un punto débil en mí programa y lo he encontrado.

—¿Qué es ello? — preguntó Piazzai, que volvía en aquel momento. Pero «Llorón» miró a Ilya.

—Tú rellenarás el hueco que faltaba.

—¿Yo? —la rubia saltó como impulsada por un ¿resorte. Y no usaba precisamente un lenguaje muy escogido—. ¿Qué diablos pinto yo en este asunto?

—El de Eva —dijo secamente Joe—. Y vete buscando la manzana:

—¿La manzana?

—Sí. Quiero decirte que te arregles como sabes hacerlo… cuando te da la gana.

—Pero… —Ilya no estaba aún decidida.

—¡Vivo, estúpida! No me gusta repetir dos veces las cosas.

* * *

Zribb estaba asustado, pero era valiente. Todos sus compañeros de tribu habían desaparecido bajo tierra, escondiéndose en sus madrigueras apenas vieron aquel extraño artefacto descender sobre la superficie de su planeta.

También él se escondió en los subterráneos que les servían de moradas. El exterior del globo era frío, hostil, inadecuado a su medio de vivir, y por ello los Hribbs vivían a gran profundidad.

Sus cavernas eran inmensas, enormes, pero cálidas y agradables, y en ellas tenían casi todo lo necesario para la vida. Si salían fuera de ellas, eraúnicamente para buscar alguna cosa de las que, a la fuerza, carecían allá dentro y entre las que no se hallaba precisamente el agua.

Prácticamente, el suelo de las cavernas era un lago. Corrientes constantes y nunca agotadas de líquido vital para los Hribbs circulaban por el interior del planeta y en ellas moraban casi desde el principio de su existencia.

También podían vivir fuera del agua mucho tiempo. Pero si algún Hribb se había extraviado por aquellos desiertos, sin poder hallar la entrada a los subterráneos, cosa por otra parte relativamente fácil, había muerto indefectiblemente. Podían resistir mucho, pero, a la larga, la falta del agua se notaba.

Sin embargo, Zribb no pensaba en ello entonces. Agazapado en la entrada de una caverna, no mucho mayor que su cuerpo, contemplaba el brillante chorro de gases que surgía de la cola de aquel raro

artefacto metálico que descendía lentamente, rugiendo y conmoviendo las capas de la delgada atmósfera de su mundo, aquella atmósfera en la cual, si podía respirar, no era por mucho tiempo. Apenas media revolución alrededor de la estrella que alumbraba crepuscularmente el desierto, en el que crecían raquíticas plantas que luchaban denodadamente por un poco de vida.

Zribb estuvo inmóvil en la misma posición durante largo rato. No pareció advertir la salida del pequeño satélite. Estaba a su izquierda, pero, cuando éste se encontró en el cénit de su trayectoria celeste, Zribb observó que uno de los costados del aparato llegado de las profundas regiones del espacio sin fin se abría y que por él saltaban al suelo variosseres con cuatro miembros: dos que los sostenían en pie y otros dos que agitaban frenéticamente. Algunos de los recién llegados daban extraños saltos, de gran altura, como Zribb no había visto jamás.

Quiso observarlos más y acomodó sus ojos a la distancia. Las imágenes de los recién llegados se le aproximaron enormemente y se quedó muy sorprendido ante el rarísimo aspecto que presentaban.

Todos ellos le sobrepasaban cuando menos en dos veces su cabeza. Llevaban unas cubiertas transparentes que les protegían... ¿de qué? Zribb no se lo supo explicar por el momento. Sí, en cambio, le disgustaron enormemente sus ojos tan pequeños; aquel prominente apéndice con dos diminutos orificios, que seguramente les servía para respirar el gas que llevaban dentro de la esfera, y la boca, también pequeña y, ¡oh horror de los horrores!, roja como la estrella que alumbraba su planeta, en el momento de nacer. No pudo evitar un estremecimiento de espanto y repulsión al mismo tiempo.

Pero casi inmediatamente captó unos extraños ruidos. Desplegó todos sus contactos mentales, deteniéndose, no obstante, a prudente distancia de aquellos seres. No quiso arriesgarse a que lo descubrieran, puesto que, instintivamente se daba cuenta de que únicamente eran capaces de hacerlo por visión directa. Y él estaba muy bien escondido tras aquel grupo de plantas que casi obturaba la entrada al subterráneo.

Los ruidos salían por el extremo de un palito delgado, a modo de antena, que tenían adosadas las esterillas protectoras, en su parte posterior. Zribb hubiera dado de buena gana una de sus extremidades por traducir lo que hablaban, pero para ello necesitaba entrar en contacto con los cerebros de los recién llegados. Y no estaba seguro de que, apenas ocurriese tal cosa, ellos no se enteraran de su presencia. No obstante, adivinó que el hecho de la llegada a su planeta era la

causa principal, única hubiera jurado él, de su exorbitante alegría.

Hubo de esconderse, tapando cuidadosamente la entrada a la cueva, cuando se apercibió de que tres o cuatro de ellos avanzaban hacia aquel punto.

Zribb se asomó durante más días, observando incesantemente a aquéllos seres que por nada del mundo se despojaban de sus esferas, bien que en ocasiones, sobre todo cuando la estrella que alumbraba el planeta se encontraba en su punto más alto, se quitaban la piel que los cubría, quedándoles, a pesar de todo, otras pieles, sin duda más livianas y de menos estorbo. Aprendió buena parte de sus costumbres y se le llegó a hacer familiar el espectáculo de los desconocidos trabajando y recorriendo largas distancias por el desierto, montados en unos extraños vehículos, propulsados por dos cintas de metálicos eslabones que producían ruidos harto desagradables. Aquellos vehículos tenían una cáscara transparente, mucho mayor que las esterillas individuales y, cuando los visitantes de otro mundo se acomodaban en su interior, se quitaban enormes trozos de su epidermis que arrojaban con indiferencia en cualquier lugar del vehículo.

Hubo un día que salieron los tres vehículos que habían venido en la nave de las estrellas, como ya se la denominaba entre los Hribbs, quienes, sinembargo, no se atrevieron a entablar relación con los viajeros celestes, temerosos de que el contacto les trajera males imprevisibles, aparte de que los creyeron infinitamente más poderosos que ellos y Zribb, tras largo rato de observación, viendo que el lugar estaba absolutamente desierto, se arriesgó a salir de su observatorio.

Salvó la distancia que le separaba de la nave en contados momentos. Cuando quería, un Hribb, aun viviendo fuera de su elemento habitual: el agua, solía ser casi tan rápido como el pensamiento. De modo que al pie del enorme cilindro metálico, Zribb miró hacia arriba, espantado de sí mismo y de la maravilla que estaba contemplando.

La puerta estaba abierta a una distancia del suelo, equivalente a veinte cuerpos como el suyo. Zribb trepó ayudándose de la ventosa que tenía en cada extremidad, con fulmíneos movimientos y luego, agitándosele espasmódicamente los flancos, penetró en la nave.

Recorrió todos los rincones, admirándose de las maravillas que se veían. Vio objetos brillantes, cilindros cónicos, con un líquido en su interior de color blanquísimo. Tomó uno de ellos en sus manos y lo examinó curiosamente. Lo agitó, sin ningún resultado. Pero no tardó

mucho en averiguar el modo de abrirlo, de modo que, en cuanto lo consiguió se decidió a probar el líquido.

Lo escupió inmediatamente, haciendo un gesto de asco. No se pudo contener y arrojó la botella de leche al suelo. El vidrio se quebró en mil pedazos y Zribb saltó a un lado asustado. Primero, por el inesperado estallido; en segundo lugar, porque sedio cuenta instantánea de que acababa de dejar un rastro de su paso por allí.

En aquel momento, uno de sus circuitos mentales, dejado en alerta permanente, le indicó que los seres de otro mundo volvían a la nave. Zribb quiso salir, pero equivocó el camino. Se sentía trastornado por las pocas gotas de líquido que habían pasado al interior de su organismo.

Corrió alocadamente de un lado para otro. Ya sentía las vibraciones de la nave al ascender sus tripulantes. Se dio cuenta de que tenía bloqueada la salida. Loco de terror, quiso ponerse en contacto con sus congéneres, pero no acertó a emitir en la frecuencia precisa.

Ya estaban aquellos seres dentro de la nave. Sentía sus pesados pasos acercársele. Temió por su vida, pero, en el mismo momento en que el primero de ellos iba a desembocar por el corredor en que él se hallaba, sus agudos sentidos le dijeron que tenía una probabilidad. Abrir la puerta que tenía enfrente, en la cual se veían unos círculos rojos, los cuales arrancó violentamente. Inspeccionó rapidísimamente el mecanismo de apertura y sus dedos trabajaron febrilmente. La puerta cedió y Zribb se coló de un salto en el interior de la cámara de energía del «Meteor».

CAPITULO III

El profesor Barnaby D. Proctor estaba abrumado. El mundo entero se le acababa de desplomar sobre sus espaldas. Rodin, el famoso escultor francés, el autor del Pensador, de haber vivido entonces, hubiera lanzado aullidos de alegría al ver a Proctor: hubiera sido su más perfecto modelo para una imagen del Abatimiento, caso de haber pensado en realizar tal obra.

Barnaby D. Proctor estaba sentado en el borde de la cama, los codos en las rodillas y la cabeza hundida en los hombros, sujeta por las manos.

No es que se oprimiese las sienes para mitigar el fenomenal dolor de cabeza que sentía. Tampoco le apetecía un buen vaso de sales de frutas y una taza de café, a pesar de que ambas cosas le hubieran sentado espléndidamente a su destrozado estómago y a su más que denso paladar. Nada de eso. Aun siendo intensos tales padecimientos físicos, por otra parte completamente inherentes a una noche de libaciones desmedidas, mucho más intensas eran sus torturas morales.

Y todo había empezado por una maldita muestra de galantería. A fin de cuentas, Proctor era un hombre que se había pasado la vida tras los libros y, naturalmente, había descuidado estudiar uno que le hubiera convenido mucho: precisamente el libro de la vida, en el cual, era poco menos que un parvulillo.

Se disponía la noche anterior a regresar a su casa. Dorian, su mujer, ya le aguardaría con la cena preparada, y Proctor, que ya rebasaba bien la cuarentena, sin grandes deseos de diversión, anhelaba llegar cuanto antes, con objeto de gozar de la que prometía ser una noche tranquila, completamente hogareña, sin fotógrafos, reporteros ni «cameramen» de T. V. Solos los dos, Dorian y él, puesel Señor no les había concedido la gracia de un hijo en el que mirarse.

Había estado en una consulta, rectificando algunos conceptos equivocados de astronáutica, aprovechando las valiosísimas experiencias adquiridas en su viaje a Marte y, al fin, cansado y agotado, había suspendido la sesión, dejando el trabajo restante para el siguiente día.

Salió a la calle, respirando a pleno pulmón. Tenía su cochecillo junto a la acera, un biplaza de pequeño tamaño, ¿para qué más, si solamente eran dos?, y ya abría la portezuela, cuando de repente oyó un gemido contenido a espaldas suyas.

No pudo evitar el girar sobre sus talones. Una mujer se encontraba medio arrodillada en el suelo. El bolso se le había caído y, al abrirse, había desparramado todo el contenido, incluyendo media docena de billetes de Banco de escaso valor. La cara de la rubia era la imagen del más vivo sufrimiento. La tomó por un brazo.

—¿Se encuentra mal, señorita? ¿Qué le ha ocurrido?

—¡Estos mal...! —pero Ilya se dio cuenta a tiempo y moderó su lenguaje—. ¡Oh, no ha sido nada, caballero...! —le sonrió de una manera turbadora—. Los tacones..., pero creo que podré continuar mi camino.

—Vamos a ver —sonrió, también, Proctor —. Veamos si está en

condiciones de caminar.

Entre tanto, alguna persona amable había recogido todo lo que se le cayera del bolso y entregado éste a su propietaria, la que agradeció el gesto con una sonrisa, Pero, cuando la ayudó a incorporarse y probaron de caminar, Ilya flaqueó de nuevo, lanzando un segundo gemido.

—¡Oh...! ¡Mi tobillo! ¡Me lo he debido de torcer!

—Está bien, señorita. No se apure. Si le parece, la llevaré a algún sitio donde pueda curarse.

—En... en mi casa, por favor —suplicó ella, y Proctor no supo negarse al ruego, de modo que la ayudó a introducirse en su coche y luego él se sentó en el puesto de conducción.

El resto fue fácil para Ilya. Aquella noche, Dorian Proctor esperó en vano a su marido, y a la mañana siguiente aún ignoraba su paradero, aunque confiaba en él, pensando en que algún trabajo importante lo tenía retenido.

Pero no era ningún trabajo la causa de su retraso. No. Simplemente unas fotografías que le estaban enseñando en aquellos momentos y que resultaban un verdadero escándalo.

—Estoy guapa, ¿eh? — decía Ilya, tan ligera de ropa como en las cartulinas.

Joe hizo un gesto con la cabeza.

—Anda, lárgate.

Ella se puso las manos en las caderas.

—¡Muy bonito! —se quejó—. Después de que...

—¡Cierra el pico, gorda! —la insultó «Llorón», sin ningún miramiento—. Tú ya has hecho tu trabajo. Ahora nos toca a nosotros. De modo que...

Ilya comprendió de sobra la alusión que le hacía el «gángster», chasqueando el índice y el pulgar. Dio media vuelta y se alejó taconeando, con todo el porte de una reina ofendida, Cuando hubo desaparecido, Joe sentenció:

—Las mujeres no saben callar ni aunque les corten el pescuezo. King-Kong, guarda la puerta.

—Sí, jefe — y el gigante se fue al lugar indicado y se quedó allí con los brazos cruzados. Tex fumaba impasible cigarrillo tras cigarrillo.

Joe alargó uno a Proctor. Este denegó con un seco movimiento, y el «gangster» tomó una silla, sentándose a horcajadas delante del astronauta.

—Bien, profesor —comenzó a hablar, entre bocanada y bocanada de humo—. Y ahora nos toca a nosotros dos sostener el peso de la conversación.

Proctor alzó la cabeza lentamente.

—No será muy larga, ¡bandido! ¿Cuánto?...

Joe echó la cabeza para atrás, soltando una aguda carcajada.

—¡Oh, profesor! Usted nos confunde. Ya sé lo que está pensando. Premio por aquí, premio por allá, se ha hecho con una regular fortunita. Usted quiere comprar esas fotografías que tanto le comprometen, ¿no es así?

—¿Qué puedo hacer, si no?

«Llorón» agitó la mano desdeñosamente.

—¡Bah, profesor! Usted nos confunde, repito. No queremos su dinero.

Proctor lo miró estupefacto.

—Pues... si no quieren mi dinero, ¿qué desean entonces?

—Sus declaraciones, profesor — replicó firmemente Joe, poniendo una cara que justificaba plenamente su apodo.

—¿Mis decla...? No les entiendo.

—Me explicaré. Usted dijo que no había marcianos, ¿verdad?

—¡Naturalmente!— protestó con viveza Proctor. El hombre de ciencia volvía a la superficie: —Aquel planeta está tan muerto como...

—Dejemos a un lado las comparaciones, profesor. Me son particularmente odiosas.

—Sigo sin comprenderles — murmuró Proctor. débilmente.

—Está bien. Se lo explicaré en dos palabras: ¡HAY MARCIANOS!

Proctor no pudo evitar dar un salto. Se incorporó.

—¿Cómo…? ¿Qué dice usted? ¡Pero… eso es absurdo, estúpido…!

—Deseche los calificativos —replicó duramente Joe—, y siéntese. Le he dicho que hay marcianos y usted lo va a sostener delante de todo el mundo.

—¡Usted está loco!

—No; no lo estoy, profesor. Y la prueba de que no lo estoy son esas fotografías que tiene usted.

Proctor se inclinó a las cogió del suelo donde se cayeran al levantarse, rasgándolas, con nerviosos movimientos, en diminutos pedazos. Joe le contempló fríamente y cuando terminó le dijo:

—Podría tenerle ocupado en un trabajo similar durante días y días. Sepa usted que los negativos están en nuestro poder y…

—¡Canalla!…— barbotó, furioso, perdido el control de sus nervios, el profesor. Y, de repente hizo algo, por completo inesperado.

Joe continuaba sentado a horcajadas. Proctor alargó su puño y éste se estrelló en el rostro del «gangster», quien, cogido de sorpresa, cayó hacia atrás, silla incluida, con gran estrépito. El profesorpasó por encima de él, pero le salió al paso el tejano.

Normalmente el triunfo hubiera sido para Trumpler, pero no contaba con que la exasperación había duplicado las fuerzas del científico y el larguirucho forajido hubo de encogerse cuando un fenomenal golpe le castigó el estómago con más dureza de lo que él hubiera querido. Se apartó instantáneamente de la lucha, retirándose a meditar sobre las engañosas apariencias de fragilidad de los sabios, en tanto que Proctor, vía libre hasta entonces, se abalanzaba sobre la puerta.

También su inesperada acción había tomado por sorpresa a Piazzai, de modo que, cuando el gigante quiso reaccionar, ya sus dos compañeros estaban por los suelos, y Proctor se le echaba encima, con la velocidad de una bala. Y el profesor, aun sin haberse visto jamás en un lío de tal calibre, ni tratado en su vida con tipos tan sin entrañas como aquéllos, se dio cuenta de que la torre humana que sería el italoamericano, constituía un obstáculo punto menos que insalvable, de suerte que, sabiéndose derrotado de antemano si apelaba a los puños, empleó otra argucia, no por insólita menos eficaz.

Disparó su pie derecho, estrellándolo contra una de las rodillas de

Piazzai, antes de que éste tuviera tiempo de usar sus descomunales brazos. El gigante lanzó un alarido de dolor, alarido que se repitió al segundo siguiente cuando la otra rodilla le fue también durísimamente castigada, sin compasión alguna, por el profesor. Piazzai comenzó a saltar ridículamente, cogiéndose las rodillas una tras otra, sin cesar de arrojar por su boca sapos y culebras, enforma de atronadores juramentos. Y, el profesor, concluyendo su tarea con un violento empujón con ambas manos, que derribó a Piazzai con facilidad, dado el precario equilibrio en que se mantenía, abrió la puerta, disponiéndose a escapar de la trampa en que tan inocentemente cayera.

Pero en el mismo momento, tiraron de él por el cuello de la ropa, haciéndole girar sobre sí mismo muy a su pesar. Y, antes de que pudiera evitarlo, comprobó por sí mismo que Joe «Llorón» tampoco era manco.

Vióse venir encima él puño cerrado del «gangster», y aun cuando quiso esquivarlo, ya no pudo hacer nada. Sintió un fortísimo dolor en la mandíbula, miles de lucecitas de todos los colores comenzaron a bailar ante sus ojos y luego la obscuridad más absoluta cayó sobre su conciencia.

Contemplando el caído cuerpo de Proctor, Joe juró, desahogándose. Luego miró a sus acólitos harto furioso.

—¡Sois una pareja de estúpidos que no servís para nada! Este hombre ha estado a punto de largarse y, ¿queréis decirme qué habéis hecho vosotros para impedirlo, so brutos?

El dolor del estómago de Tex había cedido un tanto, pero no lo suficiente para que no le continuara el mal humor.

—Cualquiera diría que a usted no le golpeó también.

—¡Cállate, pedazo de mula con pantalones! — gritó exasperado Joe, pues le sabían harto amargas las palabras del tejano, precisamente por su veracidad.

Pero Trumpler no se dejaba intimidar tan fácilmente.

—Escuche, jefe. Está bien que nos mande y que nosotros le obedezcamos; pero lo que ya no encuentro tan bien son los insultos, ¿me entiende? Todos hemos tenido nuestra parte de culpa, de modo que cargue usted con la suya y basta de insultos que no toleraré más.

—¿Ah, sí? —replicó, sarcásticamente, Joe—. Y, ¿qué harás, si

puede saberse?

—Intente llamarme zoquete de nuevo y se enterará— dijo el tejano sencillamente; pero Joe se abstuvo prudentemente de aceptar la invitación.

Diez minutos más tarde, el profesor se despertó, mucho más abatido que antes.

—¿Qué es lo que hay que hacer? — inquirió con voz sorda.

Se sabía por entero en las manos de aquellos sinvergüenzas sin escrúpulos.

—¡Ajá! —rio tranquilamente Joe—. Veo que se ha convencido de que no caben resistencias inútiles con nosotros, profesor. Escuche...

—¡Pero eso no es posible! —clamó Proctor, cuando su interlocutor concluyó de hablar—. ¿Cómo voy a demostrar la veracidad de mis afirmaciones?

—Eso corre de nuestra cuenta —replicó ásperamente «Llorón—. Ya tenemos preparado al marciano, de modo que su papel será el que nosotros le hemos asignado. Usted será nuestro socio y le aseguro que sus ganancias serán fabulosas. No tendrá necesidad de viajar por los espacios, expuesto a que el día menos pensado reviente el motor de la astronave y usted se convierta en ese polvillocósmico que dicen que hay por ahí afuera, ¿me entiende?

—Es una superchería monumental — continuó, objetando, Proctor.

—Su palabra hará que no lo sea.

—¿Y cómo me rectifico yo, después de cuanto dije a mi llegada? ¿Y mis compañeros?

—Lo único que harán será llamarle celoso y egoísta, pero no podrán hacer otra cosa. Usted no quiso compartir la gloria de su descubrimiento con nadie... y eso es todo.

—Está bien. Preveo un final de rejas... — terminó el profesor, completamente resignado, dispuesto a pasarse en la cárcel el resto de sus días.

Joe se echó a reír.

—De que no pise un antro de tal especie nos encargaremos

nosotros, ¿verdad, chicos?

Los «chicos» asintieron. E inmediatamente comenzaron a discutir los menores detalles del plan. No podían arriesgarse a ningún fallo.

* * *

Zribb se quedó escondido en la cámara de energía del «Meteor». Aguantó tenso, expectante, durante un buen rato. A pesar del aislamiento en que se encontraba, sus percepciones eran hipersensibles y así escuchó el rumor de numerosas conversaciones entre aquellos seres que poblaban el extraño artefacto en qué se hallaba, aun cuando no pudo traducirlas, por falta de un medio comparativo o un somero estudio de sus medios psíquicos y físicos de producción de sonidos, Aguardó tenso y expectante el momento propicio para huir de aquel lugar y reintegrarse al seno de los suyos.

Pero ese momento no llegó. Súbitamente, de una manera por completo inesperada para él, el aparato comenzó a trepidar y estremecerse de una manera más bien suave. Zribb se aterrorizó y quiso salir de allí, pero no pudo. La puerta, por algún medio que él ignoraba, había sido sólidamente cerrada. Y, de repente, sintió que lo aplastaban contra el suelo.

Zribb no tenía la menor noción de astronáutica. Por lo tanto ignoraba que, en aquellos instantes, la nave del espacio estaba despegando de su mundo. Solamente sentía un ahogo infinito, una opresión sin límites, una angustia como jamás la había padecido.

Quiso moverse, pero no pudo. Aquella invisible, pero no por ello menos eficaz fuerza, le tenía sólidamente sujeto al suelo metálico de la cámara de energía, llena de rarísimos aparejos como él jamás hubiera sospechado existían. Creyó morir y durante un buen rato permaneció en un extraño estado de semiinconsciencia.

Zribb no tenía menor noción de astronáutica. Por ello no sabía que, gracias a la poca velocidad de escape que era necesaria para sustraerse a la atracción de su planeta, vivía. Solamente eran necesarios cinco kilómetros por segundo para lanzarse al espacio libre y gracias a ello no murió, no obstante no hallarse en una de las literas antichoque en que se encontraban los restantes miembros de la tripulación del «Meteor» que ignoraban llevaban un polizón a bordo, un polizón de una raza extraña, completamente desconocida para ellos y, en muchísimos aspectos, de inteligencia superior en numerosos grados de coeficiente.

Por ello vivió y, a pesar de que durante los dos meses que duró la

travesía, Zribb pudo soportar, merced a la especial constitución de su organismo, la total ausencia de alimento y agua, se resignó a que la muerte le llegara en un plazo más o menos cercano.

El tiempo transcurrió y, al fin, analizando sus experiencias anteriores, se dio cuenta de que el viaje tocaba a su fin. Aquella fuerza misteriosa que le impedía todo movimiento reapareció y con ella las angustias y los ahogos.

Pasó bastante tiempo débil y mareado, en aquel lugar de la nave que lo había transportado a través de los espacios hasta que logró acostumbrarse un tanto a la extraña pesadez que le acometiera desde que llegara al para él nuevo planeta, pesadez que le impedía casi moverse, puesto que ahora cada movimiento le costaba un esfuerzo tres veces mayor que antes.

Probó de nuevo a abrir la puerta, sin resultado. Estaba sólidamente encerrado allí, en aquella habitación llena de objetos y aparatos, cuyo uso, durante el viaje, había comenzado a comprender, aunque no del todo. Cansado, exhausto, pero resignado a su triste suerte, se dejó caer en un rincón, inhibiéndose voluntariamente de todas sus facultades sensoriales y físicas, cayendo en una especie de coma buscado por él mismo. Presentía que un día u otro aquella puerta seria abierta desde el exteriory entonces necesitaría de todas sus fuerzas, ya bastante debilitadas por el largo ayuno.

No supo nunca cuánto tiempo había transcurrido. Ni se le ocurrió pensar en ello. Solamente salió de su estado cuando, repentinamente, sin el menor anuncio, la cerradura de la puerta chasqueó.

Giró el mamparo y una figura se dibujó en el vano. Recobrando en el acto todas sus facultades, Zribb se agazapó en un rincón, procurando ver sin ser visto. Aquel ser dudó un momento y luego, desechando sus vacilaciones, penetró en la cámara, cerrando a continuación tras sí.

Zribb se quedó estupefacto.

¡No! ¡No era posible! ¿Cómo iba a ser realidad el increíble hecho de que un Hribb, uno de su misma raza, hubiera viajado en el mismo aparato que él, sin que ninguno de los dos se hubiera apercibido de tal hecho?

Decidido a salir de dudas, abandonó su escondite y se acercó al intruso, hablándole en el milenario idioma de los Hribbs.

Pero el otro hizo algo raro, inesperado: chilló horrorizado algo

ininteligible y dio media vuelta, tratando de huir.

CAPITULO IV

A Teófilo no le hacía mucha gracia el papelito que se le había asignado en la representación, pero con «Llorón» no cabían réplicas ni negativas: había que obedecer o... Bueno, ¿para qué pensar más? A fin de cuentas la idea era excelente y bien mirado podía rendir unos suculentos dividendos, que lespermitirían rascarse la barriga al sol durante el resto de sus días. Lo malo del negocio era que el trabajo principal iba a recaer sobre sus espaldas, y no era sólo el trabajo, sino la incomodidad del maldito disfraz que había ideado Joe. Estaba allí dentro ahogado, sudoroso, sin casi poderse mover con libertad y, lo que era peor, sin poder fumar siquiera.

Gruñó algo poco delicado cuando llegó la noche y le hicieron subir al coche, sentándolo en la parte posterior, entre el jefe y Piazzai. El profesor iba en el asiento delantero, junto a Tex, que era quien conducía, si conducir podía llamarse al simple hecho de empuñar la barra en que se condensaban los cuatro movimientos fundamentales del vehículo: rodar y frenar; virar a un lado o al otro, bastando para ello mover la palanca en el sentido deseado: hacia adelante, para correr, y hacia atrás, para el freno, y a derecha o izquierda, según la dirección. En el puño de la barra había un botón, oprimido el cual se invertía la marcha, retrocediendo, pero esto sucedía en raras ocasiones, dada la gran facilidad de giro que poseía el coche.

La noche era clara sin estrellas, de modo que cuando el automóvil rodó por la autopista libre, fuera del casco de la ciudad, en el trozo que enfilaba el astropuerto, Tex apagó todas las luces y como una sombra se acercó a las edificaciones, sin ser advertido por el personal de vigilancia.

Todavía eran escasísimos los viajes intersiderales, así que, cuando no había llegada o partida de espacionave, allí solamente había un vigilante, al que fue sencillo desmayar de un golpe bien aplicado. Piazzai era un especialista en tales menesteres, y tal maña se dio en hacerlo que el profesor no pudo por menos de estremecerse ante la idea de que el italiano no hubiera medido bien la potencia del leñazo. Pero la respiración del vigilante continuó siendo normal y el profesor espiró aliviado al comprobarlo.

—Registradle bien los bolsillos y limpiadle el dinero que pueda tener — ordenó secamente Joe.

La intención era manifiesta. Cuando el guardián despertase lo achacaría a algún ladrón nocturno.

Corrieron todos hacia la inmóvil astronave, a un par de kilómetros de distancia. Treparon por la escalera del costado y largaron al portorriqueño al interior de la cámara de energía.

—Dentro de un par de horas estamos aquí y te *descubrimos* —rio «Llorón», cerrando con fuerza.

A continuación precintaron de nuevo la puerta, hecho lo cual regresaron al automóvil, emprendiendo el camino hacia la ciudad, pero sin llegar a ella. Se detuvieron en un café de la entrada, haciendo un poco de tiempo y cuando Joe calculó había pasado el plazo prudencial que a sí mismo se fijara, ordenó enfilar por segunda vez la primitiva ruta.

Como había previsto el astuto Joe, ya se encontraba allí la policía interrogando al vigilante, quien todavía se quejaba. Amparados en el prestigio del profesor, nadie se metió con ellos.

—¡Caramba! exclamó Proctor—. Sí que es casualidad. Precisamente ocurrir esta noche, cuando se me ocurrió enseñar el interior de la nave a mis amigos. Supongo que lo podré hacer, ¿no? A menos que esos asaltantes hayan estropeado algo…

El sargento O'Killins, jefe de la patrulla policíaca, se echó a reír.

—No lo creo, profesor. La cosa está clara. Se trata de algún bergante, vagabundo sin oficio ni beneficio que…

Proctor sonrió.

—Está claro como el agua. Y ahora, si usted no tiene inconveniente, me gustaría enseñar la nave a mis amigos.

Pero antes de que O'Killins replicara, Joe se le anticipó con la mejor y más inocente de sus sonrisas :

—Puesto que todo está aclarado y no ha ocurrido gran cosa, creo que el sargento haría muy bien acompañándonos. Así podría echar un vistazo al aparato de paso.

—¡Caray! Pues no deja de ser una buena idea. Sí, vamos allí. Pete, Brad, — se dirigió a los agentes que le habían acompañado— vosotros me aguardaréis aquí hasta que regrese.

Echaron a andar, dirigiéndose hacia la astronave que relucía a la

luz de las estrellas.

* * *

Jay Goddard y Sophie Stracke fueron muy mal acogidos por la señora Proctor.

La señora Proctor era una cuarentona metida en carnes, todavía de bastante buen ver y soltó una risotada llena de amargo sarcasmo cuando la muchacha expresó sus deseos.

—Conque la vida en familia, ¿eh, jovencita? Me gustaría saber a qué llama usted vida hogareña.

Ese sinvergüenza de mi marido se ha estado por las estrellas unos cuantos meses, casi un año. Afortunadamente sólo viajaban hombres con él. Pero después de todo ese tiempo, la popularidad me lo robó. Apenas si lo veía a la hora de la cena. Y, para remate, ahora que se va pasando todo, cuando ya la cosa se normaliza, cuando me promete una velada dedicada íntegramente a mí, va y se me larga toda una noche de orgía. Porque, jovencita, sépalo usted bien, a Dorian Proctor hay que ser muy listo para dársela con queso. Mi marido no pasó la noche en el Instituto de Exploraciones Siderales, como pretende.

—¿Ah, sí? —exclamó cortésmente Sophie, sin importársele un ardite de las desavenencias conyugales de los Proctor; únicamente lamentaba la entrevista echada a perder.

—Sí. No quiero decir dónde la pasó, pero ese individuo me va a oír. Por una vez...

Por una vez, Jay y Sophie, eternamente discrepantes, punto menos que odiándose, se pusieron de acuerdo con una sola mirada. Murmuraron unas cuantas frases amables y dejaron a la señora Proctor que se desahogase, echando pestes de su marido.

—¡Bueno...! — suspiró el hombre, cuando se encontraron fuera de la casa—. Trabajo en balde.

—Eso digo yo — murmuró melancólicamente la joven—. Veamos la cara que pondrá nuestro adorado jefe cuando se entere del fracaso.

Pero a Hinnitz no le dio frío ni calor el negativo resultado de la misión encomendada a sus subordinados. Tenía algo más de qué preocuparse.

—¡Fijaos! — exclamó en cuanto asomaron la cara por su despacho —. ¿Qué os parece?

—¿Qué nos parece el qué? — inquirió Jay, dejando la cámara que filmaba y televisaba al mismo tiempo y que era su inseparable instrumento de trabajo sobre la mesa. Sophie extrajo del bolso que pendía de su hombro un lápiz y un espejito y comenzó a retocarse los labios.

—Lee y llora — dijo Hinnitz, alargándole una cuartilla.

Jay la tomó y no pareció ofenderse por sentir el cálido contacto del esbelto cuerpo de Sophie cuando ésta se le acercó para leer por encima de su hombro.

«¿Le gustaría publicar en el «Tribune» unas declaraciones mías en exclusiva? Si es así, no deje de enviar un fotógrafo y un reportero esta noche a las once en punto al astropuerto. Les aguardo en el «Meteor».

—¡Y firma nada menos que Proctor! — silbó admirado Jay.

Sophie fue más práctica. Apoyó las manos sobre la mesa, mirando fijamente al director:

—¿Quién ha ido? — preguntó secamente.

—Bernard y Lingen — repuso Hinnitz—. ¿O creíais que dormía?

—¡Qué lástima! — Sophie pateó el suelo con uno de sus menudos piececitos—. ¡Qué ocasión tan bonita perdemos!

Jay se echó a reír:

—Pierde, querrá decir — la rectificó.

Y ella lo miró agresivamente.

—¿Acaso me va a sostener que no serían interesantes las fotografías y la emisión televisada que obtendría del profesor?

Jay se encogió de hombros:

—Como, a fin de cuentas, el que se lleva la gloria es el periódico...

Pero en aquel momento sonó el timbre del viso- teléfono. Hinnitz dio el contacto y la cara de un oficial de policía apareció en la pantalla del reducido tamaño.

—Le habla el teniente Livery, señor Hinnitz. Dos de sus hombres han sufrido un accidente.

—¿Un accidente? ¿Qué ha sido? ¿Cómo se llaman?

—Ocurrió en la autopista que lleva al espacio- puerto. Chocaron con otro vehículo, al pretender adelantarlo, y se salieron fuera de la ruta. El coche quedó hecho migas.

—¿Quiénes son? — rugió Hinnitz, comenzando a perder la paciencia.

—Según la documentación que les encontramos, se llaman Bernard y...

—¡Lingen!... Gracias, teniente — Hinnitz desconectó y clavó los ojos en los de Jay y Sophie.

—¡Vamos! ¿Qué hacéis ahí parados como dos marmotas? ¿Es que no escuchasteis lo que dijo el teniente?

Ni Jay ni la muchacha aguardaron a que su jefe les repitiera sus deseos. Echaron a correr simultáneamente hacia la puerta, con tanta prisa, que los dos chocaron, impidiéndose mutuamente el paso. Sophie fulminó con la vista al poco galante «cameraman», pero éste hizo caso omiso de la mirada.

—Esto se soluciona fácilmente — dijo. Y, sin soltar la cámara que le pendía del hombro, tomó en brazos a la joven y se volvió hacia Hinnitz—. Vamos en el ascensor, hacia la azotea del edificio. Envíenos un helicóptero lo antes que pueda. Apenas nos queda media hora de tiempo.

Luego, y sin soltar la carga, echó a correr, atravesando la redacción en medio de las miradas de asombro de cuantos allí se encontraban trabajando.

* * *

Cuando Teófilo penetró en el interior de la cámara de energía, alguien, desde fuera, encendió las luces y el lugar se iluminó vivamente. El portorriqueño parpadeó hasta que sus pupilas se acostumbraron a la luz, y en el mismo instante sintió pasos tras él.

Teófilo se volvió vivamente, sudando, tanto a causa del disfraz que llevaba, como por la angustia que estaba pasando. ¿Acaso no le habían dicho que aquel lugar estaba desierto? Pero cuando sus pupilas captaron la imagen del otro ser que estaba mirándolo fijamente, chilló horrorizado.

—¡No!... ¡No puede ser!...

El diminuto «gangster», vestido de marciano, dio media vuelta y

corrió hacia la puerta de la cámara, que aporreó inútilmente con sus manos, en tanto que gritaba enloquecido.:

—¡Sáquenme de aquí! ¡Socorro, socorro!...

Pero nadie le hizo el menor caso. La puerta era harto espesa para que le oyeran los que ya se encontraban en la parte inferior del aparato, volviendo al punto de partida para comenzar lo que ellos creían era una farsa.

Teófilo se volvió angustiado. Aquel ser se le acercaba lentamente y, a los ojos del portorriqueño, sus intenciones no podían ser peores.

De repente, Zribb comenzó a hablarle. Teófilo abrió aún más los ojos al escuchar los que a él le parecían discordantes sonidos, pronunciados en un idioma absolutamente incomprensible, con una entonación rarísima, como burbujeos o como si el que hablara lo hiciera sumergido en el agua.

Zribb comenzó a impacientarse al no recibir respuesta. ¿Cómo era posible que un Hribb, uno de su misma raza, no le contestara? Por más que... Lo examinó curiosamente. Sí. Se parecía mucho a él, parecía ser un Hribb nacido «allá»... pero había ciertas diferencias substanciales en su morfología... Aquellos ojos tan movedizos... La articulación de los brazos...

—¿Quién eres tú? — inquirió.

Pero, naturalmente, Teófilo no pudo entenderle.

El portorriqueño estaba realmente asustado. Ya había ido allí de mala gana, y sólo le faltaba el encontrarse un individuo de cuya existencia no tenía la menor noción, y tan parecido a él con su disfraz. Pero de repente se echó a reír, desechando sus temores.

—Vaya, hombre! — exclamó—. De modo que a ti también te convenció Joe «Llorón», ¿eh?

—¡No te entiendo! — dijo Zribb, y decía verdad, pues cada uno de ellos hablaba en su idioma, idiomas que por primera vez habían roto la barrera demillones de kilómetros que los había separado hasta entonces.

—¡Bueno, hombre, bueno! — rio Teófilo—. Por mi parte, puedes seguir así; no me enfadaré por ello. He de confesar que lo estás haciendo mucho mejor que yo... Hasta el pellejo ese que te han plantado encima es mucho mejor que el mío. No te preocupes: dentro de un par de horas estarán aquí Joe y los demás, y tú y yo nos

haremos célebres. Y lo que es más, nos vamos a forrar de dinero de tal manera, que llegaremos a odiar el color verde... de los billetes. ¡Ja, ja, ja...! — y Teófilo echó la cabeza hacia atrás, riéndose de su propio chiste.

Zribb saltó asustado, pero se recuperó al momento. Aquello tan raro que hacía el falso Zribb, porque era falso, no cabía la menor duda, era que demostraba su buen humor. Y, tranquilizado, se le acercó de nuevo, intentando ponerse en comunicación verbal con él.

No lo logró y durante unos momentos la imaginación de Zribb se debatió en la duda y la incertidumbre. Podía, era cierto, relacionarse con el intruso. Pero... ¿sería correcto? ¿Permitirían las leyes de aquel planeta utilizar sus poderosos medios psíquicos? Allá, en su mundo, no se podía sondear la mente de un Zribb si antes no se recibía el correspondiente permiso de éste. Hacerlo de otra forma era un terrible delito, penado con severísimos castigos. ¿Ocurriría «aquí» lo mismo?

Zribb realizó varias tentativas más para entenderse con Teófilo de un modo fonético, sin lograrlo, Desesperado ya, se decidió a arriesgarse y pusoen funcionamiento sus antenas cerebrales, explorando la mente del otro.

El descubrimiento de lo que había tras la máscara le dejó fascinado. Se convenció totalmente de que aquel aspecto de Zribb era realmente un disfraz, un enmascaramiento, aunque, de momento, desconocía los fines con que había sido ejecutado. Disparó tres o cuatro proyecciones más de su mente, escudriñando minuciosamente el cerebro del portorriqueño.

Teófilo se agitó inquieto. No podía precisar lo que le estaba pasando, pero fuera lo que fuera, no le gustaba un pelo.

—¡Eh, tú, so marciano! ¿Qué diablos estás haciendo? Deja ya de mirarme con esos ojos de pez borracho — le increpó, pero Zribb no le hizo el menor caso.

Le bastaron escasos momentos para averiguar cuanto necesitaba. Todas las circunvoluciones del cerebro de Teófilo fueron recorridas por sus antenas mentales hasta en sus más recónditos lugares. Y un gruñido de rabia se escapó de aquella boca suya sin labios, que era solamente una hendidura en el rostro escamoso.

Teófilo se dio cuenta de que la cosa iba en serio. Aquel fulano no era ningún colega suyo disfrazado. No se pudo contener y palpó los brazos y los hombros de Zribb, oprimiéndolos con cierta fuerza.

Lentamente, la verdad, la amarga e irrefutable verdad comenzó a abrirse paso en la aturdida mente del portorriqueño. Apretó más aún los brazos de su interlocutor y notó cómo el frío le traspasabalas palmas de sus manos, aún a través del disfraz. Aquel ser que no era terrestre parecía de hielo. De hielo su cuerpo, y de hielo así mismo sus ojos circulares, redondos, sin párpados, sin una membrana que los protegiera de la luz y el polvo, sin color apenas, excepto por un circulito de reducido tamaño en su centro, de un desvaído color verde que aumentaba más el repelente aspecto del monstruo. Y, mientras tanto, Zribb continuaba su exploración del cerebro de Teófilo, realizándola con increíble rapidez.

Hurgó en las circunvoluciones de la memoria y en pocos momentos estuvo al corriente de toda la vida del diminuto pistolero. Continuó sondeándole y llegó al lugar motor de la palabra. Sonrió satisfecho.

Pero lo que a él le parecía sonrisa, a Teófilo le semejó una mueca de odio, y chilló aterrorizado. Quiso escapar, pero los brazos de Zribb se distendieron con fulminante rapidez y lo sujetaron férreamente. Teófilo chilló y se debatió, pero todo fue en vano.

—No... tengas... miedo... — articuló Zribb trabajosamente, dándose cuenta de que con un poco más de ejercicio verbal, dominaría a la perfección el idioma de aquellos seres tan diferentes de él, pues adivinaba otra constitución física debajo del material que había servido para disfrazar a Teófilo.

Pero éste no quiso escuchar razones. Continuó en sus esfuerzos y, cuando menos lo esperaba, dejándose un buen pedazo de la máscara en las manos de Zribb logró desasirse.

Ciego de pánico, echó a correr. Sin embargo, el espacio que había en la cámara de energía era muy reducido y la agilidad de Zribb, aun a pesar de su largo encierro y la falta de alimentación infinitamente superior a la suya, de modo que a éste le costó bien poco alcanzar al portorriqueño. No quería hacerle daño alguno: solamente retenerlo un poco más para acabar de estudiarlo.

Le habló en inglés, pero sus palabras no resultaron todo lo claras que se precisaba en aquellos momentos de tensión. A Zribb le faltaba aún algo de práctica, y no era Teófilo precisamente quien iba a darle clase de idiomas.

Por el contrario, reaccionando con la energía y desesperación que le infundía el pánico de que estaba poseído, golpeó violentamente el

rostro de Zribb y éste, más asombrado que realmente aturdido por la violencia del golpe, se separó unos pasos, mirando con infinito estupor al ser en quien pensara hallar un amigo y le resultaba todo lo contrario.

El gesto de Zribb animó al portorriqueño. Lo tomó por susto o miedo y lamentó no haberse llevado consigo su arma preferida: un fino estilete de bien templado acero que más parecía una aguja que otra cosa, y con lo cual hubiera puesto fin al problema que se le había planteado. Pero, a falta de otras cosas, Teófilo sabía muchos trucos de lucha, limpios y sucios, aprendidos durante su poco edificante vida en el mundo del hampa. De modo que saltó hacia adelante, sorprendiendo a Zribb y haciendo presa en uno de sus miembros superiores.

Zribb volteó, habiendo sido cogido por sorpresay cayó al suelo. Durante un segundo permaneció inmóvil, pues no acababa de comprender bien lo que ocurría. Mas no en vano sus antenas mentales poseían todos los secretos del cerebro de su contrario y así, cuando éste se le arrojó encima, con la visible intención de liquidar la faena empezada, Zribb se echó a un lado, como impulsado por una ballesta, y Teófilo encontró solamente el vacío en el lugar en que una décima de segundo antes se hallaba el cuerpo de quien él consideraba como su enemigo.

Y no tuvo tiempo de rectificar, porque Zribb era infinitamente, no sólo más ágil, sino también fuerte; así es que Teófilo se encontró con su enemigo a la espalda, haciéndole una irresistible presa en el cuello, presa que terminó muy poco después cuando sus vértebras cervicales crujieron al ser fracturadas. El cuerpo del portorriqueño se convirtió en algo fláccido, sin vida, y Zribb lo arrojó a un lado desdeñosamente.

CAPITULO V

—¡Ahí están! — gritó Jay, el reportero, y el helicóptero se desplomó sobre el grupo de personas que, encabezado por el profesor y Joe, se dirigía hacia el «Meteor».

—¿Quiénes podrán ser? — inquirió suspicazmente el sargento de policía; pero todas sus prevenciones se disiparon al escuchar las palabras de Proctor.

—Son unos periodistas con los cuales tenía concertada una

entrevista en mi domicilio. Como hube de traer a estos amigos a ver la astronave, no habrán querido esperarse sin duda y vienen a verme aquí.

Con notorio rumor de paletas en régimen de disminución de velocidad, el helicóptero se posó a escasos metros del «Meteor», y de él saltaron Jay y Sophie, quienes se presentaron oportunamente. El primero no se olvidó de su profesión e hizo funcionar un par de veces su cámara. Los relámpagos del «flash» vibraron en la oscuridad de la noche.

La muchacha se adelantó hacia el grupo.

—Perdone, profesor. ¿Qué es lo que tenía que manifestarnos? —inquirió Sophie.

En el interior de su bolso llevaba un diminuto grabador de sonido, con cinta capaz para dos horas de ininterrumpido funcionamiento. Un sensible micrófono le aseguraba el perfecto registro de todas las conversaciones que tuvieran lugar en un radio de veinte metros del artefacto.

—¡ Ah, sí ! Casi se me había olvidado ya — al profesor le repugnaba el papelito que estaba desempeñando, pero cada vez que se acordaba de las comprometedoras fotografías, sufría un ataque de nervios. Continuó, sin embargo, procurando adoptar un tono chancero —: Pues... ¿tienen usted mucha prisa?

Instintivamente, Sophie consultó con la mirada a Jay. Este se encogió de hombros. La muchacha replicó:

—No... No mucha, vamos.

—Entonces vengan con nosotros — contestó el profesor, con su constante falso buen humor —. Les enseñaré por dentro el «Meteor». No son muchas las personas que pueden decir que lo han visto, ¿eh?

Sophie no contestó. Jay se limitó a un gruñido ininteligible, y ambos se unieron al grupo, caminando hacia la astronave, a muy pocos metros de distancia.

Diez minutos más tarde, todos se encontraban en lo alto y el profesor, científico al fin y al cabo, olvidándose de todas sus preocupaciones, hizo un cicerone perfecto, enseñándoles todas las dependencias de la nave con prolija minuciosidad, hasta casi dejar a los visitantes exhaustos. Pero, cuando ya casi daban por terminada la visita, alguien inquirió :

—¿Qué hay detrás de aquella puerta cerrada y sellada, profesor?

—¡Oh! La cámara de energía. El lugar donde están los motores y reactores nucleares.

—¿Por qué está sellada? — la pregunta partió de los rojos labios de Sophie.

—Sólo se puede abrir en casos muy urgentes, aparte de los momentos de revisión. La carga se hace por un gran escotillón situado en la parte exterior del «Meteor», también sellado.

—¿Y no puede entrar nadie allí dentro?

—¿Para qué? — sonrió Proctor—. ¿Para empaparse de radiactividad?

En aquel momento, a Jay le pareció escuchar un ruido extraño al otro lado de la puerta.

—¡Oiga, profesor! ¡Aquí dentro hay alguien!

Procter se volvió vivamente. «Llorón» dio con el codo a Trumpler, quien asintió con la cabeza. El sabio desempeñaba su papel a las mil maravillas.A los dos pandilleros se les hizo la boca agua ante el porvenir de montañas de billetes que se les preparaba.

—¡Imposible! — replicó—. ¿Cómo supone usted que pueda haber nadie ahí dentro? Desde que se inspeccionaron los reactores en la Estación Especial número 2, a nuestro regreso, y se precintó la puerta, nadie ha vuelto a entrar. Los mismos sellos lo indican.

—Yo no sé nada, profesor — dijo indiferentemente Jay—, pero el caso es que los ruidos siguen oyéndose.

Todos los circunstantes se miraron unos a otros, asombrados.

—¡Guarden silencio, por favor! — pidió el periodista, saliendo de su indiferencia, y se le obedeció sin la menor réplica.

Los ruidos volvieron a percibirse, esta vez distintamente. Parecía como si alguien arañara la puerta por el lado opuesto Y, cuando mayor era la tensión nerviosa de los ánimos de los presentes, antes de que nadie tuviera tiempo de decir una sola palabra, un grito, muy débil, como si sonara de muy lejos, pudo escucharse.

Era un lamento extraño y curioso.

Parecía como si gritara una persona en inminente peligro de

ahogarse dentro del agua, gorgoteando, llenándosele la boca de líquido en ocasiones; pero, por lo demás, era una llamada de socorro.

—¡Profesor, aquí dentro hay alguien prisionero! — exclamó vivamente Sophie, sin poder contenerse.

—¡Es cierto! — corroboró Joe, y los demás asintieron con expresiones similares.

El profesor vaciló. La muchacha le apremió:

—¡Abra la puerta, señor Proctor! Hay que sacar de ahí dentro a ese desgraciado, sea quien sea.

—No sé... No me está permitido...

—Cuando la vida de una persona está en juego, cualquier cosa que se haga está permitida. ¿No es verdad, caballeros?

Hubo rumores de asentimiento. El profesor continuaba haciéndose el indeciso.

—Me costará un disgusto — se defendió débilmente.

Pero la intervención de O'Killins acabó de disipar sus dudas.

—Yo atestiguaré que se oyeron ruidos y que usted se vio obligado a abrir la puerta, violentando los sellos. Y los demás que aquí están dirán lo mismo. ¿No es así?

—Sí, claro. Vamos, profesor. Un minuto de retraso puede costarle la vida a ese desgraciado — exclamó Joe.

Sus planes le estaban saliendo a las mil maravillas.

Proctor se fue a la puerta y con rápidos gestos fue arrancando los sellos. Jay no desaprovechó la ocasión y disparó unas cuantas placas, iluminando el corredor con los fogonazos. Luego, cuando se dio cuenta de que la puerta iba a ser abierta, buscó un lugar preferente aguardando el emocionante momento.

El profesor tiró de la manecilla y el mamparo comenzó a girar.

—¡La luz está encendí...! — comenzó a decir, pero en aquel momento se interrumpió.

Un grito de horror salió de las gargantas de los presentes. Las exclamaciones de Joe y los suyos fueron falsas, porque ya se lo aguardaban. Pero el chillido de Sophie y el juramento del sargento

fueron absolutamente legítimos.

Enmarcado en el vertical rectángulo, Zribb, el habitante de Marte, se hallaba ante ellos. Sophie ahogó un segundo grito de horror cuando su vista recorrió totalmente el cuerpo del pequeño monstruo, mucho más bajo que ella, de cuerpo escamoso y un color verde repelente, con ojos circulares y saltones y dos grandes orificios nasales en lugar del apéndice correspondiente. Sus manos y pies estaban armados de grandes garras al final de los largos dedos, desproporcionados con relación al resto del cuerpo, y con membranas interdigitales, lo que denotaba su condición de ser de vida esencialmente acuática.

Zribb dio un paso hacia los terrestres y todos retrocedieron instintivamente otro tanto. Pero, de repente, el marciano se llevó las manos a los ojos, para protegérselos del violento resplandor del «flash». Jay, a pesar de su estupefacción mezclada con una regular dosis de miedo, no olvidaba su profesión y acababa de impresionar una placa.

Zribb lanzó un feroz gruñido. Exploró las mentes de todos cuantos tenía ante su vista, en contados segundos, y salvo en una no halló ningún sentimiento hostil.

—No... quiero haceros... daño... — habló con gran esfuerzo. A Sophie le pareció cómo si aquélser pronunciara las palabras sumergido en el agua.

—¡No, claro que no! — exclamó alegremente Joe, yéndose sin vacilar hacia él—. Ya lo sabemos. Tampoco nosotros te haremos daño, ¿verdad? — y sin vacilar, con la mayor familiaridad, le puso la mano encima de uno de los hombros, procurando taparle con su cuerpo a la vista de los demás—. Escucha, Teófilo, grandísimo macaco, ¿quién te ha dicho que hables en inglés? — gruñó en tono muy bajo.

Solamente la aguda vista del «gangster» y su práctica en tales menesteres le salvó de una muerte segura, porque Zribb, desmintiendo sus palabras, le tiró un viaje con las garras que, de alcanzarle, le hubiera seccionado la yugular instantáneamente. «Llorón» dio un salto hacia atrás, lanzando una exclamación muy poco académica,

—¡Rayos...! ¡Si me descuido me degüella!

Y sacó la pistola. Pero el sargento, la única mente hostil de cuantas allí había, se le colocó valientemente por delante.

—¡Estese quieto! — dijo—. No le haga nada. Si es un bromista que se ha disfrazado, ya le daremos nosotros para el pelo.

—No es ningún bromista, sargento — dijo Proctor y continuó con sensacionales palabras—. Es un marciano que me traje yo de allí.

Jay disparó otro fogonazo más. Zribb gruñó. En cuanto a Sophie, ya había cuidado de que su fono- grabador no se perdiese sílaba de cuantas allí se pronunciaban.

—¿Cómo dice usted? — O'Killins no acababa de dar crédito a sus oídos.

—Bueno, la verdad es que...

—¿Es cierto lo que usted acaba de decir, profesor? — le interrogó la muchacha, sintiéndose más periodista que nunca—. ¿Es cierto que ese... bicho es un hombre de Marte?

—Sí — y Proctor inclinó la cabeza.

Se sentía enormemente culpable y ni siquiera el recuerdo de que todo cuanto hacía era completamente forzado por las circunstancias consiguió tranquilizar su conciencia.

—¿Cómo es que no declaró entonces que en Marte había seres vivientes, profesor? ¿Es inteligente? ¿Piensa? ¿O es solamente un animal sin facultad de raciocinio?

—Yo... hablar... y pensar... como... vosotros... — dijo en aquel momento Zribb tartajosamente. Pero su pronunciación iba ganando en claridad y Joe se dio a todos los diablos.

—Jefe — susurró Piazzai al oído de «Llorón»—, ¿no se habrá emborrachado ese estúpido de Teófilo?

—Que yo sepa, no — replicó el otro en el mismo tono —. ¿Cómo diablos iba a poderlo hacer?

—Nos va a estropear todo el pastel — gruñó Piazzai de malísimo humor.

Sólo el temor de echarlo todo a rodar definitivamente le impidió avanzar hacia quien se suponía era el portorriqueño y machacarle a puñetazos. Pero ganas no le faltaban.

Sophie había hecho una serie de preguntas que, de momento, quedaron sin posible respuesta. Recordó, no obstante, su profesión y dándose cuenta de que el horrible ser no parecía tener intencionesde continuar sus hostiles demostraciones, avanzó hacia Zribb. Jay no desaprovechó la ocasión y disparó una nueva placa.

La muchacha, temblando en su interior, pero animosa en extremo, avanzó hacia el marciano. Dominando su repulsión, le puso una mano sobre el hombro, que halló extremadamente frío, y le preguntó :

—¿Tú... hablas inglés?

—Yo... entiendo... tu idioma.

—¿Cómo te llamas?

—Zribb — y el marciano repitió dos o tres veces la palabra para que todos la pudieran entender bien.

—¡Diablos? — gruñó el sargento—. Sí que es un nombrecito que se las trae.

Joe se pasó la mano por la cara, prometiéndose en su interior aplicar una serie de castigos chinos a Teófilo cuando lo tuviera a mano. Pero allí no se atrevió a hacerle nada. Sophie se volvió en aquel momento hacia el profesor:

—Antes le hice una pregunta, profesor. ¿La recuerda? Usted hizo a su llegada declaraciones en las que hacía constar terminantemente que no había marcianos. Esto se contradice con la presencia de... Zribb — ¡qué difícil es de pronunciar su nombre ! —, aquí. Me gustaría que nos lo aclarase.

Todos los presentes miraron al profesor.

—Pues... — Proctor se rascó la cabeza, dudando.

Tenía unas ganas horribles de echarlo todo a rodar, pero le contenían las fotografías tan comprometedoras. Miró a Joe como pidiéndole socorro, y el rostro de éste se endureció.

La muchacha captó la mirada. Su rostro se iluminó y no pudo contenerse.

—Me parece que le he calado a usted, profesor. Usted es un vivo.

—¿Cómo? — saltó ofendido Proctor—. Señorita Stracke, usted me está ofendiendo.

—No le ofendo en absoluto, profesor, y usted lo sabe tan bien como yo. Usted halló a Zribb y lo escondió aquí. No quiso hablar de su descubrimiento a nadie. Solamente usted era el beneficiario de tal secreto. Debe de haber una razón poderosa para ello. ¿Cuál? — y al terminar, Sophie miró acusadoramente a su interlocutor.

El profesor le respondió ásperamente:

—No tengo por qué darle explicaciones de ninguna clase, señorita. Me parece que está usted demasiado poseída de su papel de periodista. No olvide usted que yo era el jefe absoluto de la expedición.

—No lo olvido. Pero eso era «allá arriba» — replicó decidida la muchacha—. Aquí, no. Aquí depende usted de muchas autoridades, que, en su día, le pedirán estrechas cuentas de cuanto ha hecho. ¿Por qué ocultó la existencia de ese tal… Zribb o como se llame? ¿Por egolatría y ansia de más gloria aún de la que ya ganó? O… — de repente cruzó por los lindos ojos de Sophie una vehemente sospecha —. Ya lo sé. Usted escondió al marciano para luego «descubrirlo» aquí, en presencia de unos cuantos testigos que certificasen la introducción fraudulenta de Zribb a bordo del «Meteor», como si nadie se hubiera dado cuenta de ello. Un polizóndel espacio, ¿verdad? ¿Qué me contesta usted, profesor?

Este intentó envolverse en una capa de dignidad :

—Solamente en gracia al sexo al que usted pertenece, pueden perdonársele las ofensas que me está infiriendo, señorita Stracke. Pero mejor que yo pueden hablar los sellos que usted misma vio romper.

La muchacha rio, medio volviéndose hacia Jay:

—¿Qué le parece, «Ojo de Águila»? — luego miró al profesor—. ¿Tan difícil es colocar unos sellos nuevos, después de violentados los que había? Ahora comprendo por qué la señora Proctor se mostraba tan reticente en sus observaciones cuando decía que usted pasó la noche fuera de su casa. Ella pensaba una cosa, y resultó otra muy diferente, ¿verdad, profesor? Aquella noche la pasó aquí, en compañía de sus amigotes, preparando el escenario para dar el golpe ante unos testigos de los cuales no se puede dudar, en especial del sargento. ¿Cierto?

Pero antes de que el profesor pudiera responder, el propio O’Killins fue el que salió en su defensa:

—Señorita, me parece que usted se precipita en los atrevidos juicios que ha hecho del señor Proctor. Todos hemos visto…

—Todos hemos visto — exclamó ella impetuosamente— lo que ellos, ellos, ellos, sí, porque todos son una pandilla, han querido que viéramos. Y eso no lo consentiré yo. Denunciaré la falsía del profesor que habiendo podido dar a la Humanidad las primicias de un

sensacional descubrimiento, se loha querido guardar para él solo... y su pandilla de amigos. Jay, por favor, hágales una fotografía. Quizá en los archivos policíacos tengan referencias de ellos, y no precisamente por sus obras de caridad.

El fotógrafo obedeció levantando la cámara, pero antes de que pudiera disparar el objetivo, el tejano, que era quien más cerca se hallaba, se lo impidió de un fuerte manotazo.

Cogido por sorpresa, Jay no pudo evitar que la cámara le resbalara y se le cayera al suelo, contra el que se estrelló con ruido de vidrios rotos. El «cameraman» no se pudo contener y lanzó un seco juramento, al mismo tiempo que su puño derecho se estrellaba contra la mandíbula de Trumpler, quien retrocedió tres o cuatro pasos trastabillando más sin llegar, no obstante, a caer al suelo.

El profesor contemplaba la escena asombrado.

Renegando y echando pestes del atrevido, Jay se inclinó y tomó la cámara, pero en el mismo momento sintió un fortísimo golpe que lo derribó, semiinconsciente.

De no haber sido por la oportuna intervención de Sophie, que desvió el brazo de Piazzai, el puñetazo, aplicado con todas las fuerzas del gigantón, hubiera terminado con la vida del fotógrafo, pero le salió desviado. Aun así logró efectos muy notables, porque, por el momento, Jay dejó de ser un combatiente activo.

El sargento quiso poner orden en aquel barullo recién iniciado:

—¡Eh, amigos! ¡Quédense quietos, por favor...!

Pero no se le hizo caso. Por el contrario, Joe ordenó secamente:

—Kign-Kong, cógete a Teófilo y tráetelo con nosotros.

—Sí, jefe — y el italoamericano avanzó hacia Zribb, quien, dándose cuenta de que aquellos seres no querían nada bueno de él, gruñó irritadísimo.

—¡Ea, Teófilo! Vamos para casita con tus amigos... ¿Eeehh...?

Zribb le había dirigido un feroz zarpazo con una de sus garras. A no andar rápido, le hubiera rasgado una mejilla hasta lo más hondo, y ante la hostilidad del marciano, Piazzai rezongó algo muy feo, al mismo tiempo que su enorme puño, que parecía un saco de patatas, lo alcanzaba en pleno rostro, derribándolo como un saco vacío.

El forzudo gigante se lo cargó fácilmente al hombro, pero entonces alguien trató de impedírselo.

—¡Quieto ahí! ¡Deje a ese monstruo donde está y no se mueva.

O'Killins lo encañonaba firmemente con la pistola. Piazzai quiso avanzar hacia él, pero el sargento lo detuvo con un nuevo gesto de su mano.

Entonces sonó un disparo. Amparándose en el hecho en que el sargento no le miraba, Tex sacó su pistola y le metió una bala en el estómago. O'Killins lanzó un quejido y se dobló sobre sí mismo, soltando el arma, que rebotó contra el suelo. Y fue el propio Piazzai quien remató la faena, abatiendo su pesadísimo puño sobre la cabeza del policía. Los huesos crujieron y el infortunado O'Killins cayó definitivamente para no levantarse más.

—¡Vámonos, King-Kong! —gritó «Llorón»—. Asunto liquidado.

—¡Un momento, jefe! —exclamó Trumpler, frotándose la mandíbula todavía dolorida—. ¿Qué hacemos de la pareja de periodistas? No podemos dejarlos aquí, para que luego se vayan con el cuento a la Policía. Se nos echará encima todo el país.

—Que se vengan con nosotros.

—¿Por qué? No serán más que un estorbo, jefe.

—¡Cállate, idiota! —gruñó Joe de mal talante, no le habían salido las cosas como él hubiera querido—. Suponte que nos acorralan un día. ¿No nos serían útiles como rehenes?

—Yo opino que nos serían más útiles como fiambres, jefe —replicó tercamente el tejano.

—Y yo —afirmó igualmente Piazzai.

—Pero se hará lo que yo diga, ¡ y basta ya! — gritó, perdiendo la paciencia, Joe. Los otros acabaron por obedecer, rezongando.

Pero cuando empezaban a descender, alguien les gritó desde abajo:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué ha pasado con ese disparo?

Era el piloto del helicóptero que lo había oído, y Joe no pudo por menos de soltar una maldición. Contestó, sin embargo, con una excusa cualquiera y en cuanto se halló al nivel del suelo, le plantó la pistola

en el estómago:

—¡Cuidadito con hablar ni una sola palabra o le perforo!, ¿entiende? Y ahora, todos arriba, al helicóptero. Mejor medio de transporte no podríamos haber encontrado.

CAPITULO VI

Jay observó con el rabillo del ojo a sus custodios. Sophie y él se encontraban en la parte posterior del helicóptero, junto con el tejano que empuñaba indolentemente su pistola. Pero Jay sabía bien que aquella indolencia era fingida y que el menor movimiento le bastaría al forajido para disparar. En el asiento inmediatamente delantero iba el gigantón, teniendo a su izquierda al profesor, y, por último, el cabecilla se encontraba en el asiento del copiloto, indicando con el cañón de su arma el camino que debía seguir el piloto y que no fue otro que la terraza de determinado edificio, sobre la cual se posó el aparato con sordo batir de palas.

—¡Afuera todos!—ordenó secamente Joe, y los cautivos se apresuraron a salir. Piazzai se inclinó y tomó el cuerpo de Zribb, aun desvanecido, cargándoselo sobre los hombros.

En un momento estuvieron todos fuera, vigilados por Tex. Mientras Joe sacó algo de uno de sus bolsillos, una especie de largo cilindro que acopló, de manera bien visible, al cañón de su pistola, duplicándolo con ello en longitud.

Sophie comprendió instantáneamente de qué se trataba y se oprimió temerosa contra el fotógrafo, quien, olvidándose de sus anteriores rencillas, la rodeó los hombros con el brazo.

Jay no pensó en que el «gangster» se dedicaría a cometer asesinatos a diestro y siniestro, allí mismo, en la terraza; pero, dispuesto a toda eventualidad, apretó los dientes, diciéndose que antes de dejarse matar como un corderillo, antes de permitir que a la muchacha le fuera ocasionado el menor daño, lucharía con uñas y dientes, si ello fuera preciso.

Sin embargo, pronto supieron cuáles eran las intenciones del pandillero.

—¡Tú, echa a andar ese artefacto y lárgate de aquí con viento fresco!

—Pero, jefe... — exclamó alarmado Piazzai, siempre con el cuerpo del supuesto Teófilo sobre sus hombros.

—¡Cállate, King-Kong! Yo sé lo que me digo — y le guiñó un ojo, ante lo cual el italoamericano sonrió comprensivo y la periodista se estremeció visiblemente. Presentía algo obscuro, que no tardó en realizarse.

Las paletas del helicóptero comenzaron a batir el aire, rotando cada vez con mayor velocidad, formando un susurro apenas perceptible, ya que el motor era completamente silencioso y, de repente, saltó hacia arriba.

Joe, pistola en mano, corrió hacia el borde de la azotea, siguiendo la marcha del aparato y en el momento en que éste se halló suspendido sobre el vacío, disparó varias veces.

Los proyectiles surcaron el aire invisibles.

Solamente se vieron los fogonazos y aun así notablemente disminuidos por el mismo silenciador que al propio tiempo era tapallamas. El helicóptero se estremeció visiblemente cuando la cabeza del piloto fue atravesada por un par de balazos.

El aparato se mantuvo un punto inmóvil en el espacio; pero, de repente, las paletas aflojaron su ritmo rotatorio, cesando casi totalmente de girar.Luego se desplomó verticalmente, sobre la calle, a doscientos cincuenta metros de altura.

Todos los presentes contemplaron fascinados la escena y no pudieron evitar el correr hacia el parapeto de la azotea. Jay siguió con la vista la horrible caída, que terminó con un estruendo atronador que les llegó un segundo más tarde, cuando el helicóptero se estrelló contra el suelo, prendiéndose fuego inmediatamente y transformándose en una espantosa hoguera, cuyas llamas se vieron incrementadas por las de un par de coches que, sin poderlo evitar, se vieron lanzados contra el aparato destruido que iluminaba todo su contorno con trágicos resplandores.

Sophie no se pudo contener y se arrojó, excitada, chillando, contra «Llorón»:

—¡Bandido! ¡Criminal! ¡Asesino...! —le increpó violentamente.

—¡Basta! — gritó el forajido, sujetándola por las muñecas.

Pero la muchacha no se arredró y le golpeó las -espinillas, ante lo cual Joe lanzó un par de aullidos de dolor.

—¡Canalla! ¡Asesinar así a un hombre a sangre fría...!

Joe terminó el incidente por el expeditivo procedimiento de dar un par de bofetadas, de palma y revés, a Sophie. Los cabellos de la muchacha se agitaron violentamente cuando su cabeza se agitó con brusquedad a un lado y otro, y, al fin, se desplomó al suelo, encogida sobre sí misma, sollozando convulsivamente.

Pero entonces el que entró en acción fue elpropio «cameraman» quien, sin poder contenerse ante el desconsiderado trato que se le estaba dando a su compañera de profesión, se lanzó hacia adelante.

Joe tenía la pistola en la mano y la alzó al ver el alud que se le venía encima. Mas su gesto resultó tardío. Ya el puño de Jay había entrado en contacto con su mentón y el pandillero rebotó hacia atrás, retrocediendo hasta apoyarse con la espalda contra el parapeto. Y en el mismo instante, Jay sintió un violentísimo dolor en la nuca y cayó, sin enterarse siquiera de que Trumpler se le había anticipado a la repetición del golpe, asestándole, a su vez, otro con la culata de su pistola.

Aquello puso fin a la lucha.

—¡Vamos para abajo!—gruñó de mal talante Joe, acariciándose la castigada barbilla.

—Si los hubiéramos liquidado en el astropuerto, no nos hubiera ocurrido nada de esto — rezongó, de peor humor aún, el tejano.

Cuando Jay se despertó, se encontró en una habitación en la cual se encontraban reunidos todos los personajes. Y lo primero que vio fue al marciano sujeto sólidamente en un sillón, pero completamente despierto ya.

—¿Te encuentras bien, Jay? — le preguntó Sophie, y él la miró con cierta simpatía.

—Sí... —sonrióle—. Gracias. Aunque es la primera vez que no veo que usted... perdón, que tú te echas a bailar por un fracaso mío.

El tono de ella era, ciertamente, compungido al responder:

—¡Oh, Jay, Jay...! Ahora la cosa va en serio.No sé qué pretenderán estos forajidos... Tengo miedo...

El «cameraman» tomó sus manos y las encontró heladas. Las oprimió cariñosamente.

—¡Brava, valiente chica! Pocas se atreverían a confesarlo...

—¡Eh, vosotros!—les increpó en aquel momento Joe. En su mentón se veía una mancha cárdena. —A ver si os calláis de una vez.

—¿Tampoco podemos hablar? ¿Nos tendremos que coser la boca? — inquirió Jay, con harta ironía, prosiguiendo: —¿Qué piensan hacer con nosotros?

—¡Ya lo sabréis más adelante! Por el momento, debéis limitaros a callar y escuchar.

—Vamos, una especie de estatuas de carne y hueso, ¿no?

—Tú lo has dicho. ¡Y basta de charla ya!

Jay obedeció, diciéndose que no le traía ninguna ventaja el hablar y procuró que sus ojos y oídos captaran todo cuanto allí se estaba desarrollando. Así, pues, vio cómo el jefe de la banda encendía un cigarrillo y se dirigía hacia el monstruo, exclamando:

—Bien, Teófilo, bien. Te has portado excelentemente, pero ya no es necesario que sigas, por el momento, desempeñando tu papel con tanta fidelidad. Aquí estamos entre amigos, ¿comprendes?

—Amigos... — repitió Zribb, extrañado de verse en aquel lugar. Quiso moverse, pero las ligaduras no le dejaron.

—Nos hemos visto obligados a atarte para que no nos repitieras la faena del «Meteor». ¡Cuerno! Si me descuido, me degüellas, ¿Eh? ¿Qué dices?

—Yo... soy Zribb... del planeta de los Hribb...

—¡Vamos, vamos! —se impacientó Joe—. Deja todas esas tonterías a un lado. Me parece que has leído demasiadas historietas de Flash Gordon y tienes la cabeza hecha un bombo. Tú no eres ese Zribb, sino Teófilo, ¿me entiendes?

—No... Teófilo... Sí Zribb... — replicó el otro tercamente.

Joe comenzó a impacientarse.

—¿Tendré que recordártelo a golpes, macaco?—gritó excitado, y alzó su puño.

—Teófilo... quiso matar... yo maté...

—¿Que Teófilo te quiso matar y tú le mataste?—rió

estruendosamente «Llorón», desmintiendo el apodo—. Vamos, vamos, macaco, ¿cómo comprendes que nos vamos a tragar esa fábula? Deja de hacer el idiota y habla como las personas. Estuviste a punto de echarlo todo a rodar cuando se te ocurrió hablar en inglés delante del poli. Menos mal que nos lo cargamos... Comprendo que estés molesto y... Bueno, hombre, ya sé que estás suspirando por una copa y un cigarrillo. ¡Tex!

—Sí, jefe —replicó el interpelado, acercándose un momento después a Zribb con la copa y el cigarrillo, poniéndole éste en la boca. Pero Zribb se comió el tabaco, ante la estupefacción de todos los presentes.

—¡Caray! —exclamó Trumpler—. Tú no necesitas bebida ni cigarrillos. Tú lo que estás es muerto de hambre. ¿Por qué no lo dijiste antes, pedazo de mono?

—Sí, puede ser eso —murmuró el jefe un tanto pensativo—. Anda, tráele un par de «sandwichs».

—No sé qué se traerán estos tipos entre manos — murmuró Jay—, pero no me gusta un pelo, Sophie.

Los dos bocadillos fueron devorados ávidamente por Zribb, de una forma que a todos dejó estupefactos por completo. Pero, de repente, al gigantón se le ocurrió una idea.

Levantándose del lugar en que estaba, se acercó al monstruo y, a pesar de su resistencia, le tomó una de sus garras, que examinó con cuidadosa atención. Se volvió de repente hacia «Llorón».

—¡Escuche, jefe! Este tipo no es Teófilo.

—¿Cómo? —Joe no pudo evitar el dar un salto —. King-Kong, tú no estás bien de la cabeza.

El aludido movió la cabeza negativamente.

—Sé lo que me digo, jefe. Estas no son las uñas que el maquillador le colocó en el disfraz... Y luego, los ojos...

Presa de una súbita sospecha, Joe se levantó y palpó la piel escamosa de Zribb, encontrándola notablemente fría, con una temperatura por completo distinta a la que hubiera debido tener de ser una simple máscara de substancia plástica. Y solamente entonces empezó a advertir ciertas diferencias que anteriormente le pasaron desapercibidas.

Cogió la cabeza de Zribb con ambas manos, echándosela hacia atrás. Y lo que vio le dejó helado.

—¡Los dientes…! —exclamó aterrorizado. Retrocedió repentinamente de un salto, extendiendo un tembloroso índice hacia el marciano. Aulló descompuesto—: ¡No es Teófilo! ¡Es un…! —no encontraba la palabra adecuada.

—Jefe —gruñó irritadísimo Piazzai—. ¿Usted también…?

—¡No es Teófilo! ¡No puede ser…! — Joe parecía haberse vuelto loco.

—Yo… no Teófilo… Yo Zribb… —mascculló el marciano.

Pero King-Kong no se asustaba tan fácilmente.

—¿Qué has hecho de Teófilo, Zribb o cómo diablos quiera que te llames?

—Teófilo… atacar… Yo saber intenciones… matar…

Los tres pandilleros se miraron entre sí, profundamente consternados. La verdad, la indubitable y única verdad comenzaba a abrirse paso hasta sus cerebros, quienes, sin embargo, se negaban a admitir la evidencia de cuanto estaban presenciando.

Durante unos momentos la estancia permaneció en absoluto silencio. Pero el propio Joe fue el primero en reaccionar, volviéndose hacia Proctor, al que miró con gesto acusador.

—¡Profesor! Usted declaró que no había marcianos. ¿Cómo puede ser posible tal cosa? Nosotros dejamos allí uno de los nuestros. ¿Dónde está? ¿Qué ha sido de Teófilo?

Proctor tardó unos segundos en contestar. Su pensamiento trabajó velozmente. Ahora recordaba ciertos detalles que entonces, en Marte aún, a punto de iniciar el regreso, le parecieron un tanto confusos. La botella de leche rota y el líquido derramado… La puerta de la cámara de energía con los sellos violentados… Recordó así mismo que hubo grandes discusiones entre todos los miembros de la dotación de la espacionave al acusarse unos a otrosde algo que ninguno de ellos, en realidad, había cometido…

Ahora tenía ante sí al autor de tales desaguisados. Aquello había sido hecho todo por el ser con aspecto de reptil bípedo que tenía ante sus ojos. Zribb era en realidad un habitante de Marte. Y ellos no los habían sabido ver o buscar. Les habían pasado por completo

desapercibidos. Fascinado miró a Zribb fijamente, comprendiendo que se hallaba ante un ser de otro mundo, un legítimo ser extraterrestre, no una ficción o una falsificación como había pretendido aquella cuadrilla de forajidos. Y el descubrimiento no pudo menos de llenarle de orgullo.

Joe hubo de repetir sus preguntas, en actitud visiblemente irritada. Solamente entonces salió Proctor de su éxtasis. Volvió la cabeza hacia el «gangster».

—¿Que qué ha sido de Teófilo? — murmuró como un eco—. Y, ¿por qué no se lo pregunta a Zribb? Él le podrá contestar mejor que yo a toda esa retahíla de preguntas.

—¡Profesor! —estalló Joe, nervioso. Comprendía que allí pasaba algo que se escapaba de los estrechos límites de su inteligencia—. Usted sabía que en Marte había seres como éste. ¿Por qué no lo declaró a la prensa y a la radio cuando regresó? ¿Por qué no nos lo contó a nosotros?

Proctor se encogió de hombros.

—Mal podía yo decir una cosa que ignoraba hasta el momento presente — dijo con sencillez—. De todas formas, he de estarles bastante más que agradecido por la idea que tuvieron. De no ser por ella,es muy probable que Zribb hubiera muerto en el interior de la astronave.

—Pero... ¿y Teófilo?

—Teófilo muerto... Yo matar... —volvió a articular Zribb, y todos se volvieron hacia él. En aquel momento Tex tuvo una idea y no se anduvo con rodeos para expresarla:

—Si este tipo no ha nacido en la Tierra, si es un marciano como parece, lo más fácil será averiguarlo por nosotros mismos.

—Ya me dirás de qué manera —gruñó Joe.

—Lo verá usted ahora mismo, jefe —dijo el tejano, saliendo de la habitación para volver un minuto más tarde con un cuchillo en la mano, con el cual se dispuso a acercarse a Zribb.

—Si este pajarraco es un marciano, la sangre, si la tiene, nos lo dirá —y, de repente, en un gesto por completo inesperado, le hizo un profundo corte en uno de los brazos, procurando, no obstante, no hacerle gran daño. Sophie no pudo contener un grito de susto, pero la presión de la mano de Jay la tranquilizó.

Tex se volvió triunfante hacia el expectante auditorio :

—¿Lo ven ustedes? Fíjense en este líquido de color blancuzco que le sale. Si se hubiera tratado del propio Teófilo hubiera sangrado, ¿no?

Joe miró el brazo del marciano, quien no parecía haber sufrido daño alguno, o por lo menos lo disimulaba estoicamente, y luego sus ojos recorrieron todos los rostros. De repente dio un salto.

Mejor que mejor! — exclamó exultante de alegría —Quisimos inventarnos un marciano y resultaque poseemos un ejemplar legítimo. Nos forraremos de billetes; lo exhibiremos por toda la nación. Usted, profesor, ganará la fama... y nosotros el dinero, ¿eh, chicos? —rió estrepitosamente.

—¡Un momento! —dijo Proctor, levantándose—. Es un descubrimiento que no les pertenece a ustedes, ni a mí tampoco. Es un ser de otro mundo; conforme; pero un ser que habla y piensa, una persona con aspecto de fiera o monstruo, pero con inteligencia muy parecida, yo diría que superior, a la humana, puesto que, como hemos podido ver, ha aprendido a hablar en muy corto espacio de tiempo. ¡Y yo juro por todo lo más sagrado que no le había visto hasta que abrimos la puerta de la cámara de energía!

Joe se impacientó.

—Mire, profesor. Nosotros creemos a pies juntillas todas sus afirmaciones, pero eso de que el descubrimiento pertenece a la Humanidad es una solemne tontería. Se harán viajes a Marte y se traerán más compañeros de este lagarto, pero mientras tanto, nosotros, exhibiéndolo, nos hincharemos de ganar dinero. No será tanto quizá como pensábamos, aunque, sin embargo, habrá que considerar que menos da una piedra, ¿me entiende?

—Sí, pero no quiero. ¡Me opondré a ello con todas mis fuerzas! —gritó el profesor excitado.

—Recuerde —dijo Joe suavemente— que nosotros tenemos algo en nuestro poder que puede hacerle mucho daño, profesor.

—¡Es igual! —declaró Proctor enérgicamente —. El descubrimiento de una raza inteligente que habita en Marte no puede permanecer oculto o a disposición de unos forajidos sin escrúpulos como ustedes. Además, ¿quién les va a creer?

—Todo el mundo, cuando usted apoye nuestras afirmaciones —replicó «Llorón» tranquilamente.

—¿Sí? Y, ¿cómo piensan obligarme a ello? Pueden publicar las fotografías si quieren. Ande, envíeselas a mi mujer. ¡Vamos!, ¿a qué espera?

Joe rechinó los dientes. No había esperado la reacción del sabio y aquello lo había desconcertado. Pero su vacilación duró muy poco.

—King-Kong —dijo con feroz sonrisa—, anda con él y convéncele de las ventajas que obtendrá uniéndose a nosotros, en lugar de obstaculizar nuestros planes.

—Sí, jefe —y el italoamericano hizo una mueca que quería simular una sonrisa.

Avanzó, abriendo y cerrando sus manazas, hacia el profesor, quien, instintiva y temerosamente, no pudo evitar el retroceder un par de pasos.

CAPITULO VII

Zribb estaba atónito. Jamás le había ocurrido nada parecido y, si se estaba quieto, era porque seguía atentamente todo el curso de la conversación, procurando adaptar las ideas mentales de los que hablaban a sus traducciones sonoras. Una rápida inspección de todos los cerebros le bastó para saber quiénes podían ser amigos y quiénes podían ser enemigos, aun cuando no hiciera falta sondear las mentes para adivinarlo. Decidió por el momento dejar transcurrir los acontecimientos y permanecer a la expectativa, y así llegó el momento en quePiazzai avanzó hacia el profesor, subiéndose las mangas de la americana.

Zribb tensó sus músculos. Aquel hombre trataba de defenderle. En su privilegiado cerebro había entrado la palabra exhibición y, aunque no sabía en realidad de qué se trataba, no le parecía nada bueno. No estaba dispuesto, por tanto, a secundar los planes del llamado «jefe», ni de los que se denominaban «King-Kong» y «tejano», pero antes de que él tuviera tiempo de intentar nada positivo, otro se le anticipó.

Jay había estado presenciándolo todo al lado de Sophie, tranquilo en apariencia, especialmente cuando supo que por el momento no iban a morir. Pero tampoco estaba dispuesto a que aquellos granujas llevaran adelante sus retorcidos planes. De modo que, aprovechando que todas las miradas estaban fijas en el profesor, quien retrocedía ante el avance de Piazzai, se puso en pie de un salto.

Su gesto cogió de sorpresa al tejano, que era quien más cerca tenía. Su puño fue lanzado hacia adelante con irresistible fuerza, y el larguirucho pistolero se dobló sobre sí mismo, con una horrible expresión de agonía en el rostro, apretándose el vientre con ambas manos y dejando caer la pistola que tenía empuñada al suelo. Un espantoso gancho de derecha lo enderezó violentamente.

—¿Qué rayos...? —comenzó a decir Joe, sacando su pistola.

Pero no tuvo tiempo de hacer fuego. Jay no le dejó porque su tercer puñetazo, cargado de dinamita, casi levantó del suelo a Trumpler y se lo arrojó encima. Los dos hombres rodaron en confusomontón, en medio de una serie de espantosas imprecaciones.

Piazzai se percató instantáneamente de lo que ocurría. Abandonó al profesor, a quien no había llegado a tocar siquiera y, agitando sus larguísimos brazos como si fueran enormes aspas de molino, se precipitó encima del «cameraman», quien, invocando a todos los santos de su devoción, se preparó para resistir como pudo aquel alud que se le venía encima.

Suerte tuvo Jay de que el primer golpe le diera en un hombro. De haber tenido más acierto el italoamericano, allí acabara la pelea, pero lo único que hizo fue proyectarlo hacia atrás. Cayó sobre un sillón y dio la voltereta completa sobre sí mismo, pero Sophie tampoco se había estado quieta.

Había una botella con vasos sobre la mesita. Cogió la primera por el gollete y con todas sus fuerzas la arrojó a la cara de Piazzai. El vidrio se rompió en mil pedazos y el forajido aulló ensordecedoramente, en tanto que por los cortes producidos comenzaba a salirle la sangre aparatosamente.

Jay no dejó de aprovechar la ocasión. Se lanzó sobre King-Kong y le martilleó el estómago a conciencia. Pero era igual que golpear una roca: solamente un martinete hidráulico hubiera sido capaz de abatir aquella fortaleza humana, por lo que, convenciéndose de ello, dio un paso atrás y cogió el sillón que él mismo derribara, lo alzó en vilo y lo dejó caer sobre la cabeza de Piazzai. El gigantón suspiró y se derrumbó como un saco, haciendo trepidar el suelo.

Ya era tiempo, Joe «Llorón» había logrado desenredarse y salir de debajo del tejano. A gatas como estaba, desenfundó su pistola y apretó el gatillo.

El «cameraman» se apercibió de la acción del «gangster» y saltó a un lado, esquivando el balazo con mucha fortuna. Joe intentó repetir

la suerte, pero, antes de que consiguiera hacerlo, la mesita del servicio de licor cruzó volando la estancia, estrellándose contra la muñeca de «Llorón», quien, lanzando un aullido de rabia y dolor al mismo tiempo, dejó escapar el arma.

Se levantó de un salto e intentó cogerla de nuevo, pero Jay se lo impidió por el expeditivo procedimiento de aplicarle la punta del zapato en la mandíbula. No obstante, Joe era un tipo avezado a toda clase de luchas y consiguió echar la cabeza hacia atrás, aminorando con ello la terrible violencia del golpe, que, de alcanzarle de lleno, hubiera resuelto allí mismo y en definitiva la pelea.

Pero, en lugar de ello, lo único que consiguió Jay fue prolongarla, porque, rápido como el rayo, el jefe de la banda alargó sus manos, asiendo como con una tenaza el tobillo del fotógrafo, quien, sin poderlo evitar, agitó sus brazos en el aire, buscando un asidero que no logró encontrar, cayendo al fin aparatosamente al suelo.

«Llorón» se incorporó rápidamente y se arrojó sobre Jay, Poniéndose a horcajadas sobre éste, le castigó duramente la cara, pero el «cameraman», en un supremo esfuerzo, logró distender una de sus rodillas y el forajido también se vio obligado a abrir los ojos y caer hacia atrás, con un rictus de dolor en los labios.

Sin embargo, ambos contendientes se levantaronal mismo tiempo. El profesor estaba en un lado, contemplando espantado la endemoniada batalla, y Sophie, cuyo ánimo combativo no había disminuido un ápice, tenía otra botella en la mano, buscando el momento propicio para rompérsela en la cabeza al «gángster».

Aquel momento llegó, pero la botella no se rompió sobre Joe, sino sobre la cabeza de Piazzai, que comenzaba a incorporarse de nuevo, aún medio atontado. El gigante lanzó un pesaroso gruñido y se desplomó de nuevo.

Mientras, tanto «Llorón» como Jay iban de un lado a otro, golpeándose con ferocidad. Los puñetazos resonaban como lejanos cañonazos. El «cameraman» alcanzó a Joe en un hombro, pero inmediatamente salió disparado hacia atrás a causa de un fenomenal directo que recibiera en la mandíbula. Volteó de nuevo al tropezar con un diván, pero con más práctica que la vez anterior, se incorporó al instante.

Joe saltó sobre él, con una mirada homicida. Un hilillo de sangre le corría por los labios. El fotógrafo se echó a un lado, distendiendo al mismo tiempo su puño izquierdo, que se clavó en el abdomen de

«Llorón», quien gimió de angustia. Y Jay no le dejó respirar.

Le castigó con dureza, casi con delectación, pensando al hacerlo así en el desgraciado piloto del helicóptero y en el sargento de policía, muertos ambos sin la menor culpa, sin defensa posible. Y, poco a poco, la indudable fortaleza de Joe comenzó a ceder.

Dos golpes más pusieron a éste al borde del«knock-out». Su rostro parecía una sangrienta máscara: rotos los labios, un ojo tumefacto, las narices machacadas... Joe respiraba penosamente, abriendo y cerrando mucho la boca. Disparó una vez su puño, pero sus bíceps carecían ya de fuerza, por lo que Goddard lo liquidó de un derechazo que, levantándolo un par de centímetros en el aire, lo arrojó a un lado, exánime.

Sophie no pudo contenerse y aplaudió:

—¡Bravo, bravo, Lancelot!

Jay la miró atravesadamente.

—Podías haber dejado un poco de licor al menos.

—Sí, claro..., y si no hubiera estropeado un par de botellas, el estropeado lo hubieras sido tú. Jay, aquí no pintamos ya nada. ¡Vámonos!

—Sí..., tienes razón —jadeó el «cameraman», pasándose un pañuelo por el rostro y restañándose un poco de sangre que le corría de uno de sus pómulos abiertos.

Se inclinó y cogió el cuchillo con que antes comprobara Trumpler la procedencia extraterrestre de Zribb y cortó las ligaduras que sujetaban al marciano al sillón.

Pero apenas lo había hecho cuando lanzó un silbido de asombro:

—¡Fiuuu...!

—¿Qué ocurre? —inquirió Sophie asombrada.

—Fíjate en esto, muchacha.

También se les acercó el profesor, quien no pudo contener una exclamación muy poco acorde con su científica condición.

—¡Es increíble! —exclamó.

-Increíble, pero no por ello menos cierto. Laherida que le infirió el

pistolero está cerrada por completo. ¿Se dan cuenta de la maravillosa constitución anatómica de Zribb? —Y acto seguido Jay se dirigió al marciano: —¿Te duele?

—No… doler… Yo quiere… salir… volver al país de los Hribbs… —aún le costaba trabajo articular las palabras, pero era evidente que había mejorado notablemente su locución.

Jay le palmeó amistosamente, haciendo caso omiso de la frialdad de aquellos hombros.

—¡Naturalmente que volverás a Marte! Y yo formaré en la expedición. ¡Menudo reportaje!, ¿eh, Sophie?

—Tú lo has dicho, «Ojo de Águila», pero me gustaría hacerte una observación: ¿pintamos ya algo aquí?

—No, claro. Al contrario, estorbamos y nos vamos inmediatamente, llevándonos de paso a Zribb.

Jay hablaba ahora con franco optimismo.

—Me parece una excelente idea —dijo la muchacha—, pero, a lo que parece, te olvidas de este trío de granujas.

—¡No pretenderás que me los lleve con nosotros!, ¿verdad?

—Desde luego; pero, cuando menos, avisa a la policía.

—Tienes razón, Sophie. Siempre he dicho que a veces hay mujeres que tienen un poco de cerebro — y, sin más, se fue hacia el visoteléfono, procurando que el objetivo no captara su rostro, y llamó a la comisaría más cercana. Hecho esto, se volvió y tomó a la muchacha por un brazo y a Zribb por otro — ¡Vámonos ya!

Pero en aquel momento el profesor le detuvo con un ademán:

—¿No espera usted a la policía, señor Goddard?

Jay se echó a reír sonoramente:

—¿Quiere usted que me estropeen el reportaje, profesor? No tengo ningún inconveniente en regalarle a Zribb para siempre, pero lo primero es lo primero. Y Zribb, para que lo entienda, es la noticia más sensacional desde que reventó la primera bomba atómica. ¡Andando!

—¡Un momento, Jay! —exclamó la muchacha—. Aguarda. Sólo un segundo.

Se metió corriendo por las habitaciones interiores y al cabo de un minuto salió con un impermeable. Jay comprendió la idea de Sophie y asintió:

—Eso no se me hubiera ocurrido a mí, dicha sea la verdad.

Así oculto bajo la gabardina, la cual estaba provista de capucha, que le echaron por encima de la cabeza, Zribb salió acompañado por el trío sin oponerles la menor resistencia. El sondeo previo de las mentes de los terrestres le habían indicado que no pretendían hacerle el menor daño y no solamente ello, sino que además sabía que había de volver a su mundo, en un plazo no muy lejano.

Durante unos momentos el silencio más absoluto reinó en aquella habitación. Los cuerpos de los tres «gángsters» yacían absolutamente inmóviles, pero al cabo uno de ellos comenzó a dar señales de vida. Se agitó, rebulléndose con dificultad, y al fin, vacilando y tembloroso, se levantó.

Joe caminó hacia el cuarto de baño y sumergió la cabeza en el chorro de agua fría, que acabó dedespejarle. Se miró en el espejo el deformado rostro y metió la mano en el armario, del que sacó material de cura y se desinfectó las heridas. Pero, apenas se había aplicado un algodón en la mejilla cuando de repente oyó pasos en las otras habitaciones.

Las conversaciones que le llegaron a los oídos no le dejaron duda alguna sobre la calidad y cantidad de sus inesperados visitantes. Instintivamente se metió mano en la sobaquera y nada más hacerlo ahogó un juramento. No se había acordado de que se le había caído la pistola en la lucha sostenida con el «cameraman».

—¡Registrad bien todas las habitaciones, chicos! — gritó alguien en tono autoritario, sin duda el jefe de la patrulla policíaca.

Unos fuertes pasos le dieron noticia de que alguien se estaba acercando al cuarto de baño y Joe se oprimió contra la pared, en el lado opuesto de la puerta, los músculos en tensión, listo para arrojarse sobre el curioso en cuanto asomase allí.

Una cabeza avanzó mirando a diestro y siniestro. Debía de haber llovido mucho, porque el policía llevaba el uniforme cubierto por el impermeable, aún brillante de gotas de agua. El agente avanzó un paso y, en aquel momento, algo le ciñó el cuello con terrible potencia.

El policía quiso gritar, mas apenas le salió un inarticulado gruñido que cesó bien pronto. La presa que «Llorón» había hecho en torno a su

cuello, enroscándole el brazo en implacable dogal, era ya imposible de deshacer. El forajido arrastró al policía hacia el interior del cuarto de baño y un par deviolentos estrujones concluyeron de derrumbar la escasa resistencia que aún presentaba el agente.

Joe trabajó en silencio, pero con frenéticos movimientos. Lo primero que hizo fue sacarle la pistola y dejarla en el suelo, al alcance de su mano, por si tenía necesidad de utilizarla. A continuación, y siempre con rápidos y precisos gestos, desnudó al policía de su impermeable y de la. gorra, prendas que se puso en un santiamén. Tomó la pistola, se la metió en el bolsillo del impermeable, pero sin soltarla, y luego se caló completamente la capucha, de modo que entre La visera de la gorra y aquélla formaran una protección de sombra sobre su rostro.

Inhaló aire como para darse ánimos. Oprimió con firmeza la culata del revólver de reglamento y se lanzó fuera de la habitación.

Se encontró exactamente con lo que esperaba: unos cuantos detectives de paisano y varios agentes de uniforme, reanimando a los desmayados pistoleros. El jefe de la fuerza le preguntó por encima del hombro, sin apenas volver la cabeza:

—¿Algo de particular por ahí dentro, Paddy?

Joe replicó con un gruñido ininteligible que muy bien pudiera tomarse como denegación, y así lo entendió el otro, en efecto. El «gángster», protegido por la capucha y la gorra, inclinado constantemente, como si anduviera buscando algo interesante, fue acercándose a la puerta, y a nadie le extrañó de que continuara sus indagaciones en el exterior.

Había un grupo de curiosos en el pasillo.

—¡Apártense, por favor! —les ordenó, y, abriéndose paso, caminó decidido hacia el ascensor.

Oteó la situación al salir del edificio. Había doscoches patrulleros parados frente a la puerta y, sin vacilar, aprovechando que la luz procedente del interior le daba en la espalda, se dirigió a uno de ellos:

—El jefe dice que subas inmediatamente.

El conductor asintió y salió. A continuación Joe se acercó al otro, repitiéndole lo mismo, pero aquí no tuvo tanta suerte. Un golpe de luz, proveniente de los faros de otro vehículo que cruzaba en aquellos momentos, le dio en pleno rostro. Joe soltó una maldición, al unísono

con el gesto de sorpresa del policía.

Pero éste se hallaba en desventaja con respecto al forajido, así que, antes de que pudiera hacer nada, se vio el cañón de un revólver apuntándole amenazadoramente en las mismas narices.

—¡Un solo grito y te aso a tiros! ¡Levanta esas manos!

El chófer obedeció y de repente el cañón del revólver se le abatió sobre la frente. El hombre se desplomó como un saco y Joe sonrió siniestramente, por completo satisfecho. No obstante, no arrojó el cuerpo del desvanecido fuera del vehículo. Se limitó a arrojarlo a un lado y luego puso el coche en marcha.

Caminó unos cuantos metros, hasta doblar la próxima esquina, en la que se quedó, al acecho, sin dejar que el motor se detuviera. No tardaron mucho en bajar los detectives con los detenidos y, a juzgar por sus gestos y ademanes, estaban visiblemente desconcertados. Era evidente que, además de la inesperada presencia del conductor, habían encontrado al otro agente desmayado en el cuarto de baño.

Joe había calculado bien. Supuso que los policías pensarían que aquel que había utilizado tales argucias habría huido y no que les estaba aguardando a sólo unos metros de distancia. Tras una especie de cabildeo, un par de detectives, con el conductor y los dos detenidos, se metieron en el coche que les quedaba, en tanto que de los otros, unos se quedaban en el edificio y otros emprendían la marcha a pie.

El coche con los prisioneros comenzó a rodar, separándose del bordillo de la acera. Ganó en rapidez y en el mismo momento Joe echó hacia adelante, a fondo, la palanca del suyo, dándole toda la potencia posible.

Sonaron gritos en el interior del coche policial. Gimió agudamente la sirena y su chófer intentó, a la desesperada, apartarse del otro vehículo que se le echaba encima. Pero no lo consiguió.

Con un horrísono estrépito, los dos automóviles rodaron. El de la policía salió despedido a un lado y volcó aparatosamente. El que llevaba Joe botó de una manera espantosa, pero el «gángster» aplicó los frenos de manera decidida, logrando mantener así el equilibrio.

Luego se acercó al coche tumbado, en el cual rebullían unos cuantos cuerpos. La gente acudía, pero «Llorón» disipó el tumulto disparando un par de tiros. Las balas silbaron amenazadoramente y el gentío se dispersó, asustado, en medio de gritos de pavor y aceleradas

carreras.

—¡Vamos, chicos! ¡Tex, King-Kong! —gritó Joe.

Uno de los detectives logró salir el primero, pero «Llorón» se le anticipó, tumbándolo de un balazoen el hombro. Con su propia cabeza, el italoamericano arremetió contra la portezuela, abriéndola, y remolcando al exterior a Tex.

—¡Vamos, vamos! —ya se oía otra sirena a lo lejos y Joe apremiaba a sus compinches. Tex se inclinó al pasar y tomó la pistola del agente caído, disparando contra otro de ellos, que desapareció instantáneamente dentro del coche volcado.

Joe no les dio tiempo a meterse en el automóvil. Apenas si estaban dentro cuando lanzó el automóvil hacia adelante a toda velocidad. Los dos forajidos cayeron al fondo en confuso montón, pero riéndose a carcajadas. El coche alcanzó una velocidad terrorífica y, para ganar espacio, Joe hizo sonar la sirena.

CAPITULO VIII

Mooses Hinnitz estaba durmiendo en el mejor de los sueños, sonriendo ante la fabulosa tirada que se preparaba al «Tribune» con motivo de la sensacional llegada a la Tierra de una embajada del Gobierno de Marte, cuando algo le arrancó de los dulces brazos de Morfeo.

Este algo fue una suave sacudida de Tom, su camarero negro, que le llamó:

—¡Señor Hinnitz! ¡Señor Hinnitz!

El director del diario se rebulló inquieto entre las sábanas.

—¡Déjame... en paz, Tom! ¡Te... tengo mucho sueño...! ¡Buaaah...! —y su boca se distendió en un fenomenal bostezo.

Pero el negro continuaba insistiendo:

—¡Señor Hinnitz! ¡Que es urgente...!

—¡Déjame en paz de una vez, Tom de todos los día...!

Pero el resto de la frase le fue cortado por la súbita irrupción en el dormitorio del fotógrafo..

—¡Vamos, tirano! ¡Levántese, que le traigo la noticia del siglo!

Todavía hundido entre las ropas de la cama, Hinnitz miró a Jay con el único ojo de que disponía en aquel momento. Y su pupila despedía llamas de ira por el reposo interrumpido.

—«Ojo de Águila» —refunfuñó—, considérate despedido. El gravísimo delito que cometes no permitiendo que tu superior duerma...

Jay movió una mano desdeñosamente.

—Está bien, tirano. Es usted un ogro que no merece que uno se sacrifique para darle buenas noticias. ¿Noticias? No. Nada de eso. NOTICIA, así, con mayúsculas. La noticia del siglo; pero bueno... ¿para qué llevarme mal rato? Creo que el señor McClaw, director del «Clarion», me pagará ríos de oro y... ¡Adiós, jefe! Que usted descanse.

Jay sabía lo que se hacía, así que, sin darle más importancia al asunto, giró sobre sus talones para salir del aposento, pero no dio dos pasos. Hinnitz se sentó sobre la cama, con su media docena de ralos cabellos cayéndole sobre la frente.

—¡Alto ahí, «Ojo de Águila»! ¿Quién ha hablado de McClaw?

El «cameraman» lo miró fijamente.

—¡Usted! —dijo—. Usted al despedirme. Yo he de comer, ¿no? Pues alguien me ha de emplear y ese alguien será McClaw.

—¡Basta, Jay! No me nombres más a ese tipo o tendré que tomar una tonelada de bicarbonato. ¿De qué se trata?

—Salga de la cama y lo verá. Le espero en el «living».

Con gestos febriles, Hinnitz se sentó en el borde del lecho, calzándose unas pantuflas. Se puso una bata sobre el pijama y corrió hacia la vecina estancia, mientras que se alisaba nerviosamente el cabello. Sabía que, de no ser algo realmente sensacional, el fotógrafo no se hubiera arriesgado a despertarlo.

Pero cuando entró en el «living» se detuvo como si le hubieran puesto un parachoques en el pecho.

—¿Qué diabl...? —ya continuación extendió el índice acusadoramente hacia los dos periodistas, sin reparar al parecer en Proctor—. Escuchadme bien, Sophie, Jay: si creéis que estamos en época de Carnaval...

Pero el fotógrafo no le dejó continuar:

—¿Recuerda usted ese anuncio que tanto dolor de estómago le dio? Sí, hombre... Aquél que sostenía que hay marcianos.

—Jay, no me irás a decir ahora que esta fiera es un marciano, ¿verdad? — el rostro del director del «Tribune» expresaba mil pensamientos contradictorios que bullían en su agitada mente.

Jay se volvió a medias hacia Proctor:

—Profesor —dijo—, ¿quiere usted explicarle lo que ocurre a nuestro amigo, el señor Hinnitz?

—¡No! —gritó éste—. No me hace falta. Lo que necesito es...

Corrió hacia un armario del que sacó una botella y un vaso y se sirvió una generosa dosis delicor, que se metió entre pecho y espalda de un solo golpe. Jay se fue hacia allí y sacó más vasos.

—También nosotros lo necesitamos, jefe — y alargó uno de ellos a la muchacha y otro al profesor sirviéndose él a continuación.

Incrédulo todavía, Hinnitz contempló a Zribb detenidamente, sin que el marciano pareciera apercibirse de la observación tan descarada de que era objeto. Cuando terminó se fue de nuevo hacia la botella.

—Sí —dijo un momento después, reconfortado con un trago de ciento veinte segundos de duración—. Sí. No cabe la menor duda. Este hombre, ¿hombre?, no ha nacido en la Tierra. Pero, ¿cómo diablos os habéis hecho con él? — Luego miró al profesor ceñudo. —Usted es Proctor, ¿no?

—Sí, desde luego.

—Entonces, ¿por qué no declaró la verdad desde un principio?

Jay se anticipó en la respuesta:

—Porque él mismo no lo sabía, señor Hinnitz — y acto seguido, comenzó a explicarle toda la historia de lo ocurrido, sin omitir el menor detalle.

Cuando terminó, el director no pudo por menos de exclamar meditabundo, como si hablara solo.

—¡Cielos, qué notición! ¡Vamos a batir todos los «records» de tiraje! ¡Un marciano! ¿Y habla, habla?

—Sí, desde luego —repuso Jay—. No mucho, pero ya se acostumbrará.

—Está bien —dijo Hinnitz—. ¿Tienes fotografías de él?

—No. Ya le dije que me rompieron la cámara en la pelea a bordo del «Meteor».

—¡Hum! Es igual. Pediré un fotógrafo al periódico y ahora mismo llamaré para que detengan las máquinas...

Pero en aquel momento, el profesor Proctor, hasta entonces casi absolutamente silencioso juzgó oportuno intervenir.

—Creo que se olvidan ustedes de un detalle muy importante — dijo serenamente, y todos le miraron.

—¿Cómo? ¿Qué dice usted? — inquirió asombrado Hinnitz—. ¡Vamos, vamos, hable usted! ¡No se esté ahí parado!

—Señor Hinnitz, dejando a un lado el singular e indubitable hecho de que...

—¡No me ande con rodeos, profesor! —gritó el director del periódico—. Me ponen enfermo las dilaciones.

—Quería decirle que yo no soy ningún subordinado suyo y que, por lo tanto, antes de lanzar la noticia tendrá que contar conmigo.

Las palabras de Proctor dejaron sin habla a Hinnitz. Se congestionó, a punto de estallar, pero al fin logró dominarse.

—¿Eh? ¿Qué dice usted?

Proctor se puso en pie con toda tranquilidad.

—Simplemente una cosa: Zribb...

—¿Quién es Zribb?

El profesor indicó al marciano con un gesto de su cabeza.

—Ese extraño ser que está usted viendo ahí sentado. Bien, pues, Zribb es algo que me pertenece.

—¿Cómo? ¿Qué le pertenece? — La mandíbulade Hinnitz quedó colgando. Jay y Sophie se miraron con estupor no disimulado.

El profesor se levantó.

—Sí. Zribb es mío. La gloria de su descubrimiento es para mí. ¿Por qué, pues, la he de compartir con ustedes? ¿Quién mandó la expedición a Marte? ¿Quién trabajó y luchó durante años y años para equipar y construir el «Meteor», sino yo? Y ahora que puedo recoger el fruto de mis desvelos, ¿cree que me lo voy a dejar arrebatar por unos periodistas sin escrúpulos? — dicho lo cual, se dirigió hacia Zribb, tomándole por uno de sus brazos y tirando de él.

—¡Eh! ¡Alto ahí, profesor! —se opuso Jay, interponiéndose entre él y Zribb—. No le negamos la gloria y todo eso que usted dice, pero déjenos a nosotros, por lo menos, las primicias del reportaje. Recuerde que, gracias a la señorita Stracke y a mí se libró usted de aquella banda de forajidos.

—¡Es igual! —dijo ásperamente el profesor, y volvió a tirar de Zribb.

Pero entonces el marciano, hasta entonces quieto y silencioso, hizo algo inesperado.

Tenía una «muñeca» sujeta por la mano de Proctor. Su otra garra se posó sobre ésta, clavándole ligeramente las afiladas uñas, al mismo tiempo que decía:

—Yo… bien aquí… Yo no quiere ir… contigo.

Jay se echó a reír. El asunto tomaba un giro por completo imprevisto.

—Bien, profesor, bien —dijo—. No hemos sido nosotros; ha sido el propio interesado quien hadecidido. — Se volvió hacia Hinnitz que todavía tenía la boca abierta. —¿Eh? ¿Qué le ha parecido, ogro? ¿Le gustó cómo habló Zribb?

Pero Hinnitz tardó aún unos segundos en contestar. No se había acabado de creer en las facultades oratorias de Zribb y ahora lo había comprobado.

—¡Gran Dios! —dijo al fin—. ¡Si habla… si habla como uno de nosotros!

—No tanto —rio Jay, satisfecho—, pero vaya… Casi puede pasar.

Hinnitz se volvió hacia el profesor:

—Escuche, Proctor…

En tanto que el director del «Tribune» trataba de convencer al

sabio, Zribb pensaba en que, aun cuando aquellos seres tan lampiños no abrigaban de momento malas intenciones hacia él, su discusión, que él seguía perfectamente con sus sondeos mentales, no podía traer otra cosa que retardar indefinidamente su regreso al país de los Hribbs, y eso no le gustó ni poco ni mucho. Sabía que no pretendían hacerle ningún daño, pero su exploración de los cerebros terrestres se limitaba a un futuro muy inmediato, por lo que decidió hacer algo para marcharse de allí.

Así, pues, forzó sus poderes mentales y el resultado fue que cinco minutos más tarde, los cuatro terrestres, en posturas por completo antiacadémicas, dormían profundamente. No sería por mucho rato, más para lo que Zribb deseaba, era lo suficiente.

Supo que se hallaba en un mundo que, probablemente, le sería hostil. Con gran dificultad se pusoel impermeable, y luego se miró los pies, diciéndose que su peculiar forma le delataría a poco que se fijaran en él. Buscó algo con qué ocultárselos y comenzó a recorrer la casa.

Entró en el dormitorio de Hinnitz sin hallar nada. Pasó a otra habitación y apenas lo había hecho cuando oyó un grito de pavor que lo asustó por el momento. Tom, el negro, estaba sentado en la cama, mirándolo con ojos desmesuradamente abiertos por el pavor que sentía. El atavismo de decenas y decenas de supersticiosas generaciones brotó instantáneamente a través de su delgada capa de civilización y el negro hizo lo único que en aquel momento supo hacer: desmayarse, dejándose caer hacia atrás con un hondo suspiro.

Zribb hurgó y, de haber tenido aquella facultad, hubiera sonreído satisfecho. Como buen negro, Tom calzaba unos zapatos descomunales. Zribb era muy observador y supo para qué servían aquellos adminículos que todos los terrestres llevaban, así que se los puso, con grandes dificultades, no sin que tuviera que doblar hacia adentro los extremos de sus garras. Se sintió terriblemente incómodo, pero no por ello dejó de seguir adelante con su idea.

Salió del piso encaminándose al ascensor. Sabía que era una máquina maravillosa, pero no dudó en utilizarla. Sus sensibles garras tantearon los botones hasta hallar el correspondiente.

Diez minutos después se hallaba en la calle, totalmente desierta, puesto que la hora ya era muy avanzada. Apenas si se veía algún guardia, enfundado en su impermeable, paseando melancólica y aburridamente su ronda. El suelo brillaba comoun espejo, y Zribb, caminando pesadamente a causa del impedimento que le suponían sus

zapatos, se perdió en la selva de cemento de la urbe.

Un cuarto de hora más tarde, Jay abrió los ojos y contempló el singular espectáculo que le ofrecían aquellos tres cuerpos tendidos en el suelo.

—¿Qué habrá pasado? — musitó, y de repente la luz se hizo en su todavía embotado cerebro, —¡ Zribb!

Rápidamente, palmeó los rostros de los durmientes.

Hinnitz fue el primero en abrir los ojos.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué estoy durmiendo aquí?

—Pregúnteselo a Zribb, jefe. Él tiene la culpa de todo lo que ocurre.

—¿Zribb? ¿Dónde está Zribb? —aulló Hinnitz.

Pero el «cameraman» no le contestó. Se encontraba en aquel momento duchando el rostro de Sophie, la cual se sentó de muy mal talante.

—¿Era absolutamente necesario empaparme para hacerme recobrar el conocimiento?

—Tú no lo has tenido en tu vida — respondió Jay ávidamente, tras de lo cual se dirigió hacia Proctor, quien no tardó mucho en volver a la vida,

—¿Dónde está Zribb? —fue lo primero que preguntó.

—Es lo que nos gustaría, saber — gruñó Jay, de malísimo humor.

—¿Cómo es que nos hemos dormido todos? — preguntó Hinnitz, aún semiatontado.

—Pregúnteselo al lagarto —replicó Jay con aspereza—. Ese pájaro debe poseer una potencia mental formidable y nos hipnotizó a todos, durmiéndonos como si fuéramos chiquillos.

—¿Entonces...? —murmuró aterrado Proctor, no atreviéndose a hablar del todo.

—Entonces, Zribb —y Jay resumió el sentir general—, se ha largado y a estas horas anda solo y perdido por la ciudad.

—¡ Debemos hacer algo inmediatamente! — sugirió Sophie.

—¡Avisar a la policía! —exclamó el profesor.

—¿La policía? —sonrió desdeñosamente Jay—. ¿Tiene usted alguna esperanza de que nos crean? Usted declaró a su llegada que no había marcianos. ¿Qué dirán ahora cuando le escuchen? Dirán que está más loco que una cabra, y a nosotros nos achacarán el tratar de hallar una noticia sensacional. No; no es por ahí por dónde debemos comenzar nuestra búsqueda.

—Tienes razón —murmuró Hinnitz—. «Ojo de Águila», debemos hacer algo. Ese monstruo anda suelto por la ciudad. Hasta ahora se ha portado pacíficamente, pero, ¿y si le da por hacer barbaridades? Cada vez que recuerdo sus garras se me pone la carne de gallina.

Jay consultó su reloj.

—No nos lleva más de veinte minutos de delantera. Zribb desconoce todo cuanto le rodea y no puede ir muy aprisa. Por lo tanto, si somos rápidos...

—Amo, amo —dijo en aquel momento una voz y todos se volvieron reconociendo al negro.

—¿Qué ocurre, Tom? — preguntó Hinnitz,

—Ese... ese monstruo estuvo... estuvo en mi habitación... Se llevó mis... mis zapatos.

Jay miró a Sophie con ojos brillantes.

—Es mucho más listo de lo que nos suponíamos. El impermeable con la capucha le tapa todo el cuerpo. Pero, ¿y los pies? Solución: se pone unos zapatos y así pasa inadvertido, ¿eh?

—Pero sus pies eran muy grande — objetó la muchacha.

—Pues que los lleva dentro de unos zapatos no cabe la menor duda —dijo con firmeza Jay—. Y basta ya de charla. Vamos a buscarle. No podemos perder un solo minuto.

El «cameraman» ayudó a la muchacha a ponerse su impermeable, en tanto que el profesor y Proctor hacían lo propio, y ya se dirigían hacia la puerta, cuando de repente se abrió ésta, y tres hombres, pistola en mano, hicieron su aparición.

—¡Vaya, vaya! —exclamó, burlón, Joe—. Pero si tenemos aquí reunidos a todos los miembros de la cuadrilla... ¿Eh, qué os dije, chicos? Mira que tengo un olfato... ¡Registradlos, vivo!

Piazzai y Trumpler se apresuraron a obedecer a su jefe y en un par de minutos se cercioraron de que ninguno de los allí presentes tenía ningún arma peligrosa.

—Está bien —dijo—. Échense hacia la pared... Así. Vosotros, mientras que yo hablo con esta cuadrilla de listos, registrad bien el piso.

—Sí, jefe — los dos «gángsters» obedecieron, metiéndose por las habitaciones interiores.

«Llorón» sonrió siniestramente.

—Creíais qué me habían apresado, ¿eh? Hayque ser muy vivo para cazar a Joe «Llorón». ¡Pandilla de imbéciles!—dijo despectivamente, prosiguiendo : —¿Dónde está?

—Dónde está, ¿quién? — replicó Jay, para ganar tiempo, aunque de sobra sabía a qué se refería el objeto de la pregunta del forajido.

Furioso, encolerizado, Joe golpeó la mandíbula de Goddard con el cañón de su pistola. Este sintió llenársele los ojos de lágrimas y notó cómo le flaqueaban las piernas, pero su espíritu no cedió y apretó los puños.

Joe sonrió de nuevo con infinito desprecio, al propio tiempo que, con sádico ademán, repetía el gesto, ahora en la frente del «cameraman», pero con el suficiente cálculo como para no desmayarlo. Jay no lo pudo evitar y ahora cayó de rodillas, en tanto que Sophie exhalaba un gemido y Hinnitz gruñía sordamente.

La situación se iba electrizando por instantes.

En aquel momento salió Piazzai, exclamando:

—¡No está jefe! Sólo hay un negro...

—Ya me lo suponía —dijo «Llorón», secamente—. Pero estos tipos hablarán, aun cuando tenga que arrancarles la piel a tiras — y levantó la pistola de nuevo.

CAPITULO IX

Zribb tenía hambre. Era ya demasiado el tiempo que llevaba sin comer ni tomar ningún alimento a excepción del cigarrillo y de los dos «sandwichs» que ingiriera en casa de Moses Hinnitz, aun para un ser, como él, que pertenecía a una raza de excepcional resistencia. Pero, a

pesar de todo, comer se estaba convirtiendo ya en una necesidad acuciante, especialmente después de que aquellos bocadillos le hubieron servido de algo así como de aperitivo y las punzadas que le daba su estómago eran ya demasiado alarmantes como para no. preocuparse de ello.

Lanzó un gruñido de satisfacción. A pocos metros de él, la neblina de un amanecer húmedo y ligeramente lluvioso se deshilaba en las frondosas copas de los árboles de un parque próximo. No se pudo contener por más tiempo, corrió hacia allí y arrancó unas flores de un macizo que se comió con fruición.

Pero, apenas había empezado con su «banquete», cuando de repente oyó a sus espaldas una voz, en cuyo tono había muy poca amabilidad:

—Con que estropeando las plantas, ¿eh? ¿No ha leído ese cartelito que tiene encima de sus narices, amigo? ¿O acaso no sabe leer?

Tampoco Zribb se molestó en volverse. Estaba demasiado ocupado para ello. Apeló a todos los recursos de sus facultades mnemotécnicas para contestar :

—Yo hambre... yo comer...

El guardia era un hombre comprensivo y se dijo que el hambre era mala consejera. Paternalmente puso la mano sobre el hombro de aquel ser a quien, en su ignorancia creía una persona, diciéndole:

—Lo comprendo, lo comprendo... Pero se me hace un poco fuerte el que se dedique a comer hierba. Venga conmigo y...

Todavía con un puñado de ramillas y hojas enla mano, Zribb se volvió hacia el guardia quien, sin poderse contener, dio un salto atrás.

—¡San Patricio bendito!—exclamó, como buen irlandés, y sin más echó mano a la pistola.

Pero Zribb conocía el daño que podían causar aquellas armas por lo que alargó su mano, dándole un fuerte golpe al guardia, con que el revólver saltó por los aires, tras de lo cual, Zribb, distendiendo con toda su fuerza los potentes músculos de sus extremidades inferiores, saltó hacia adelante, en un movimiento rapidísimo y por completo inesperado.

El guardia gruñó cuando la cabeza del marciano le golpeó el estómago. Abrió mucho los brazos y cayó hacia atrás, semiinconsciente a consecuencia del formidable topetazo. Y Zribb no

se entretuvo mucho tiempo. Salió corriendo con toda la velocidad que podía imprimir a sus piernas, que no era mucha, ciertamente, dado que su anatomía era más bien acuática que terrestre y, por otra parte, los zapatos que se había colocado en los pies le embarazaban notablemente el caminar.

No obstante, la hora era demasiado temprana para que la circulación fuera demasiado intensa y así pudo perderse de nuevo en el dédalo de calles de la ciudad, normalizando su paso cuando estuvo seguro de no ser seguido. Pero el hambre seguía mortificándole y más ahora, que sabía que podía satisfacerla.

La obscuridad nocturna había sido substituida por una luz difusa producida por la neblina que no se disipaba. Caminando lentamente, buscando algo que comer, pasó por delante de una cafetería.

El establecimiento tenía grandes vidrieras, junto a las cuales había unas mesitas. Alguien salió y el olfato de Zribb se sintió herido por aromas que le indicaban comida. Pero había hombres y sabía que se asustarían en cuanto lo vieran, eso si no comenzaban a golpearle y él no tenía muchas ganas de matar a nadie, a sabiendas de que le bastaba un solo golpe con una de sus garras para seccionar una yugular. Inconscientemente, acercó su rostro al vidrio, tratando de mirar a través del vaho de vapor que lo empañaba.

En aquel momento alguien quiso hacer lo mismo, pero desde dentro, y pasó su mano por el cristal. Hubo de ser exactamente en el mismo punto en que estaba el rostro de Zribb, y la muchacha, que estaba con un amigo, lanzó un aullido que rompió los tímpanos de cuantos se encontraban desayunando y tomando fuerzas para emprender la dura tarea cotidiana.

También le llegó a Zribb el grito de pavor de la joven y se dijo que aquel lugar no era el más indicado, por lo que dio media vuelta y se perdió trotando entre la niebla, calle abajo, ignorante de que dejaba tras sí un café sumido en el mayor de los escándalos y una muchacha al borde de la histeria.

Doscientos metros más allá encontró una calle de menor anchura que el resto. Se metió por ella y a los pocos pasos encontró otra cafetería, ésta completamente desierta.

No lo dudó más. Empujó la puerta y se coló en su interior. El «barman» debía estar en la cocina, puesto que se oía rumor de agua corriente y vajillaagitada. Pero Zribb no hizo el menor caso y se acercó al mostrador.

En aquel momento salió una rolliza mujer que se le acercó con toda amabilidad, inclinándose hacia él por encima del mostrador:

—¿Qué desea?

Zribb había agachado la cabeza de modo que la capucha del impermeable le ocultara por completo el rostro. Contestó:

—Comer… hambre.

—Bueno, ya me lo supongo, ¿pero qué es lo que desea?

De nuevo se vio obligado Zribb a hurgar entre sus recuerdos y contestó:

—Bocadillo…

—¿De jamón? — inquirió la mujer.

Zribb hizo un gesto que la otra tomó por asentimiento y un minuto después tenía ante sí lo pedido sobre un plato. Pero en aquel momento cometió un grave error. Hubo de sacar la mano para tomar el «sandwich» y el color verde de su epidermis resaltó vívidamente.

Se oyó un alarido de indio comanche. Una botella se rompió en mil pedazos. Vibraron algunos vidrios cuando la mujer arreció en sus aullidos, sobre todo cuando Zribb, asustado y alarmado a un tiempo, no pudo evitar el levantar su rostro hacia ella. La dependienta salió huyendo hacia la cocina:

—¡Johnny, Johnny! ¡Por favor… que me matan!

Durante unos segundos Zribb se quedó desconcertado, inmóvil, con el bocadillo en la mano. Pero inmediatamente salió un hombre del interior de la cocina, blandiendo un pesado rodillo.

—¡Bandido! —gritó— ¡Le voy a…!

Pero se quedó estupefacto, con la mano en alto.

—¡Cielos! — exclamó, y luego reaccionó, sonriéndole! —¡Uf, qué susto me había dado usted! De momento pensé que… ¡Oiga! ¿Qué nueva película de monstruos están haciendo?

—Hambre…— repitió tercamente Zribb, zampándose en dos bocados el «sandwich», lo cual dejó con los ojos desmesuradamente abiertos al dueño del bar.

—Comer… más…—pidió guturalmente Zribb, y el otro, presa de

un vago temorcillo, se apresuró a complacerle.

El segundo bocadillo siguió el mismo camino del anterior, y pronto el marciano estuvo en disposición de pedir un tercero. Pero al dueño de la cafetería ya se le había pasado el miedo y se le plantó en jarras, pensando en que el aspecto de Zribb, supuesto astro de la pantalla, no le ofrecía ninguna garantía económica.

—Escuche, amigo. No es por nada, pero me gustaría ver el color de sus billetes. Dinero, para que lo entienda.

La mente de Zribb trabajó activamente. Había oído hablar de dinero, algo que los habitantes de aquel planeta parecían estimar tanto o más que su propia vida, pero de lo que él carecía en aquellos momentos. Por lo tanto prosiguió, obstinado:

—Comer... más... Hambre yo mucho... No dinero...

—Con que no tiene dinero, ¿eh? Oiga, amigo, ¿cree usted que yo puedo irle al Tío Sam a decirlelo mismo cuando me pasa la nota de los impuestos? Pague o no comerá más...

Zribb entendió de sobra las palabras del «barman». Comprendió que allí ya no obtendría un gramo más de comida y dio media vuelta, dirigiéndose con paso cansado hacia la puerta. Pero el dueño de la cafetería salió tras el mostrador y se dirigió a él airadamente, cogiéndole por el brazo.

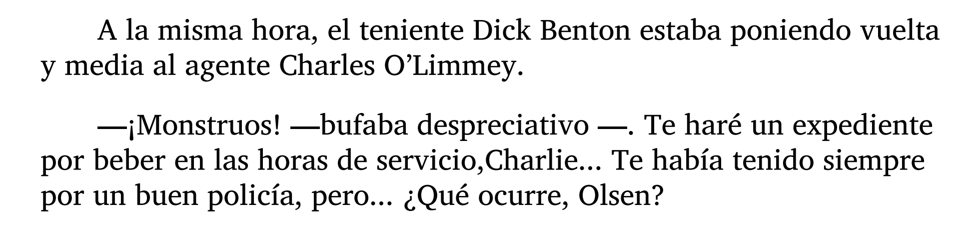
—Escuche, actorcete; págueme los dos bocadillos que se comió o llamaré a un guardia...

Zribb se volvió lentamente, mirando con sus inexpresivos ojos al hombre y de repente exhaló un feroz gruñido. No quería hacerle daño, solamente asustarle, pero el tipo era valiente, por lo que exclamó con sarcasmo.

—Grititos, a mí, ¿eh? Ahora verás, actorcete — y volviéndose sobre sí mismo tomó un taburete que blandió amenazadoramente.

El marciano comprendió perfectamente el gesto.

Zribb podía haber anulado aquella amenaza con toda facilidad. Aunque mucho más pequeño que el irritado «barman», le hubiera bastado un solo golpe para arrojarle a un lado. Como un pelele. Así, pues, se lanzó hacia adelante, en un salto prodigioso, franqueando una de las ventanas a través del cristal que saltó hecho pedazos, con un estrépito monumental.



A la misma hora, el teniente Dick Benton estaba poniendo vuelta y media al agente Charles O'Limmey.

—¡Monstruos! —bufaba despreciativo —. Te haré un expediente por beber en las horas de servicio,Charlie... Te había tenido siempre por un buen policía, pero... ¿Qué ocurre, Olsen?

—Escuche, teniente. Acaban de telefonearme de un bar, diciendo que una chica vio una especie de monstruo...

—Con los ojos muy grandes, saltones, como si fueran de una rana gigantesca, y de color verde su piel, que parecía estar compuesta de muchas escamas pequeñas, ¿no?

—Sí, eso dice — repuso sorprendido el sargento, y en el mismo instante sonó el teléfono.

El teniente Benton hizo un gesto de aburrimiento y el sargento Olsen comprendió al momento. Tomó el auricular y escuchó atentamente durante unos momentos, asintiendo de vez en cuando. Terminó con un:

—Sí, en seguida mandaremos a alguien a investigar — y acto seguido se volvió hacia el teniente—. Pues, a lo que parece, el tipo ese vestido de monstruo...

—No es un hombre disfrazado — exclamó O'Limmey enérgicamente —. Es un monstruo legítimo. ¿Cómo se comprende que un hombre se dedique a comer hierbas y flores? Y luego, su acento, tan extraño y tan torpe a un tiempo...

—Bien, ¿pero qué es lo que ha hecho ese fulano? — inquirió el teniente.

—Estuvo en una cafetería desayunando y se marchó sin pagar, atravesando el escaparate a través del vidrio, que rompió, naturalmente — repuso el sargento—. Luego siguió corriendo y... ¡Oiga, teniente! ¿No le parece que esto quizá pueda tener relación con aquél cadáver que se encontró en laastronave «Meteor»? Iba disfrazado de una forma muy parecida a la que nos han descrito todos quienes le han visto...

—El que yo vi en el Parque no iba disfrazado. Era un monstruo, una fiera — repitió tercamente el agente O'Limmey.

En aquel momento sonó nuevamente el teléfono. Cuando lo colgó por segunda vez, el rostro de Olsen expresaba consternación.

—El monstruo o el individuo disfrazado, como quiera que se le llame — dijo—, se ha metido en un coche y ha obligado a su conductor a llevarle con él.

El teniente Benton se puso en pie, apoyando con fuerza las manos sobre la mesa:

—¿Han dicho dónde? — inquirió casi a gritos.

—Sí — y Olsen se lo indicó.

—¡Vamos a pescarle! —dijo enérgicamente Benton, tomando una pistola del cajón de la mesa—. ¡Olsen, O'Limmey, busquen un coche! ¡No dejen de llevar armas! Ese individuo puede resultar peligroso.

Al pasar por el operador de comunicaciones aún tuvo tiempo de gritarle:

—¡Dé la alarma general, Polk!

* * *

En el momento en que «Llorón» levantaba la pistola para golpear a Jay de nuevo, éste, dominando el intenso dolor que sentía, disparó su puño hacia adelante.

Joe lanzó un gruñido y quiso concluir su gesto,pero el golpe le salió sumamente impreciso, por lo que apenas si la culata de su pistola rozó el hombro del «cameraman». Piazzai gruñó impaciente algo muy feo y Trumpler sacó su pistola, encañonando alternativamente a Jay y a sus compañeros, intentando disparar contra el primero, sin lograrlo a causa del confuso revoltijo que formaban ambos luchadores. El italo-americano se encargó de mantener quietos a la muchacha, Proctor y el director del periódico.

—¡Péguele duro, jefe! — le jaleó Piazzai.

Y Joe, como si aquello hubiera sido un revulsivo, descargó un nuevo golpe con su pistola, sin lograr ningún efecto, porque Goddard alargó la mano, aprisionando la muñeca de su antagonista en una férrea presa, al mismo tiempo que repetía su gancho, que alcanzó la mandíbula de «Llorón» haciéndole poner los ojos en blanco.

El resultado fue que los pies de «Llorón» perdieron todo contacto con el suelo. Volteó un segundo en el aire, agitándose ridículamente y al fin cayó con gran estruendo.

Desde el mismo sitio en que se encontraba, Joe levantó el codo,

pues no había soltado la pistola, con ánimo de disparar, poseído su. ánimo de un odio homicida, harto reflejado, por otra parte, en la expresión de sus ojos. No obstante, el «cameraman» fue más rápido.

Saltó hacia adelante, y su pie izquierdo aplastó contra el suelo la muñeca del bandido, al mismo tiempo que el otro era disparado hacia la mandíbula de Joe. Este echó la cabeza hacia atrás, suspiró y se quedó absolutamente inmóvil, perdido por completo el conocimiento.

Jay saltó a un lado, pero ya era tarde. Vio venir el puño cerrado del gigantón, perfectamente dirigido hacia él, y no consiguió nada efectivo, porque simultáneamente con el choque de aquel saco de patatas contra su mandíbula, sintió un estallido de un millón de multicolores lucecitas en medio de un fragor espantoso, y luego todo se le hizo de noche repentinamente.

Cuando se despertó, vio inclinados sobre él varios rostros, uno de los cuales le miraba con expresión ansiosa. En medio de los dolores que sentía y del aturdimiento que todavía era su dueño, Jay aún tuvo ánimo para bromear.

—Estoy vivo, Sophie… aunque, como puede ver, no coleo mucho.

—¡Apártese! — gruñó en aquel momento el italo-americano, y el fotógrafo lo miró ceñudo.

—Un día de éstos bailaré un tango encima de su cara, King-Kong.

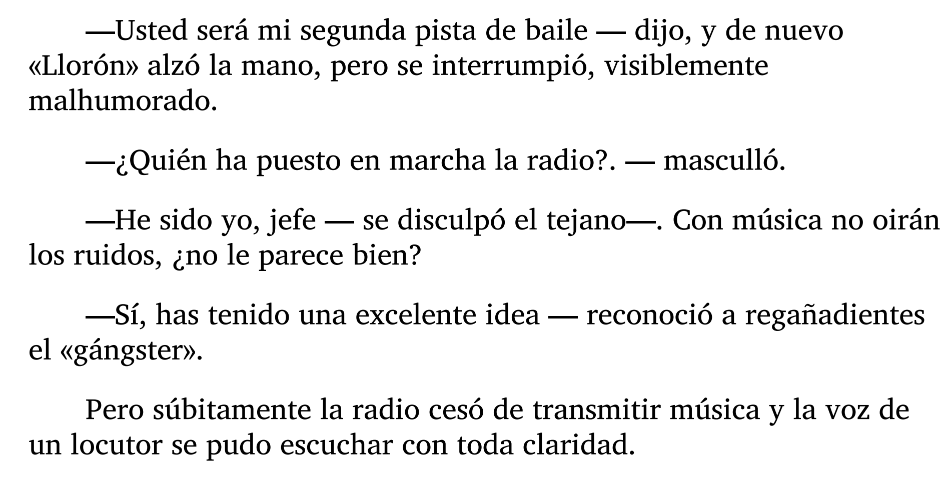
—Tenga cuidado no sea que me sirva usted de pista de baile, manchacartulinas.

—¡Basta, Piazzai! — exclamó en aquel momento «Llorón». Señor Goddard, usted ha podido darse cuenta de que todos sus esfuerzos, así como los de sus compañeros, han sido total y absolutamente inútiles. ¿Quiere decirnos, sin obligarnos a emplear medios heroicos, que tanto nos repugnan, cuál es el actual paradero de Zribb, o como se llame ese maldito marciano?

—Lo sabe usted tanto como nosotros — replicó Jay. Estaba sentado en el suelo, con la espaldaapoyada contra la pared—. Zribb nos durmió y se largó. Como hipnotizador no tiene precio y…

¡Zas!…

La bofetada estalló rotunda, sonora, Joe había golpeado con todas sus fuerzas la cara del periodista, de uno de cuyos labios brotó al instante un hilillo de sangre. Jay se pasó el dorso de la mano por la región afectada y sonrió duramente.



—Usted será mi segunda pista de baile — dijo, y de nuevo «Llorón» alzó la mano, pero se interrumpió, visiblemente malhumorado.

—¿Quién ha puesto en marcha la radio?. — masculló.

—He sido yo, jefe — se disculpó el tejano—. Con música no oirán los ruidos, ¿no le parece bien?

—Sí, has tenido una excelente idea — reconoció a regañadientes el «gángster».

Pero súbitamente la radio cesó de transmitir música y la voz de un locutor se pudo escuchar con toda claridad.

—«—... y el misterioso ser, que algunos, dotados de una imaginación ciertamente envidiable suponen nacido en Marte, pero que no debe ser más que algún actor disfrazado y cuyo equilibrio mental se halla bastante quebrantado, después de causar algunos destrozos sin importancia y asustar a la gente, se metió en un coche, intimidando a su propietario, que salió a toda velocidad en dirección a...»

Joe sonrió de muy mala gana al fotógrafo:

—Parece ser que tenía usted razón, amigo. El Zribb ése se largó.

—No me llame amigo, que me ofende — le replicó Jay ásperamente—-. ¿Qué piensa hacer ahora con nosotros?

«Llorón» meditó un momento, breve, desde luego:

—Se quedarán aquí, King-Kong.

—Sí, jefe.

—Vigílalos y al primero que se mueva, lo fríes.

—Cómo me gustaría hacerlo... — rezongó el gigantón.

—Usted, profesor — continuó el pandillero—, se vendrá con nosotros.

—¿Cómo? ¿Qué dice usted? ¿Por quién me ha tomado?

Pero el tejano no se anduvo con chiquitas:

—¡Vamos, vamos, menos hablar! — dijo, cogiéndolo por un brazo y arrastrándolo a pesar de su resistencia.

El trío desapareció y allí quedaron Jay, Sophie e Hinnitz, celosamente custodiados por el ítalo- americano, quien, buscando un programa de música, encendió un cigarrillo parsimoniosamente, sin dejar por ello de encañonar a sus prisioneros con la pistola.

CAPITULO X

—¿Has visto alguna vez algo semejante, Sophie?

—¿A qué te refieres, Jay?

—¿Y usted, ogro?

—Si no te explicas mejor, «Ojo de Águila»...

—No. Si lo que quería decirles es si habían visto alguna vez un cetáceo vestido de persona.

—¿Cetáceo?

—¿Cómo?

—Pero, ¿es que no tienen ustedes ojos en la cara? Me refiero a ése que está ahí enfrente.

—¡Ah! Quieres decir ese King-Kong de bolsillo, ¿no?

—Me parece que empiezas a usar tu linda cabecita algo mejor que para ir a la peluquería, Sophie. Pero todavía no me has dicho tu opinión acerca de ese monstruo con cara de gorila que nunca me pareció más una fiera que ahora.

—¿Por qué, «Ojo de Águila»?

—Jefe, jefe, le creía más inteligente. ¿Acaso no ha oído el refrán de que la música amansa las fieras?

A su pesar, Piazzai se había visto constreñido a escuchar la conversación, por lo que se levantó, gruñendo amenazador, dejando la radio a un lado.

—¡A ver si se guarda silencio!... — gruñó.

—¡Anda! Si habla y todo... — exclamó sarcástico Jay.

—Y no le falta más que bailar — rio argentinamente Sophie,

quien, aunque vagamente, parecía empezar a comprender el plan del «cameraman».

—¡Que se callen, les digo! — el tono del ítalo- americano era ahora más alto.

—¡Uyyy… qué miedo! Cierra los ojos, chica. De lo contrario no podrás dormir esta noche.

Ahora le tocó el turno a Hinnitz.

—Jay, hijo, anda y busca una cámara. Quiero que me conserves bien fotografiada una imagen de esta bestia de una era perdida.

—¡Magnífica idea, patrón! Pero si no me dejansalir…

Piazzaí comenzó a perder la serenidad:

—¡O cierran el pico de una vez o…!

—Escuche, amigo — dijo el director del «Tribune», levantándose y, dando golpecitos en el pecho del gigante con su dedo índice, sin el menor temor—, la libertad de expresión es, en los Estados Unidos…

—¡Me importa poco la libertad de expresión y todas esas zarandajas! — gritó el pandillero, exasperado—. ¡Cállense de una vez!

—¡Cuidado, jefe! La fiera muerde. A lo mejor está rabioso.

—¡Rabioso estarás…! — gruñó, perdiendo del todo los estribos Piazzai y apartando a un lado, de un simple empujón, a Hinnitz, con la intención de irse hacia Jay, pero de repente, una silla, arrojada con malévolas intenciones, se le enredó entre las piernas y el «gángster» cayó cuan largo era, haciendo retemblar el piso.

—¡Bien, jefe! — gritó Jay exultante de alegría.

Instintivamente, Piazzai había abierto los dedos de su mano y la pistola se le escapó, resbalando por el suelo. El fotógrafo se apoderó de ella en un santiamén, encañonándole a continuación.

—¡Y ahora, amiguito…! — empezó a decir, mas no tuvo tiempo de replicar. Bramando como un toro enfurecido, el forajido se había incorporado de un salto y se le echaba encima.

Casi sin saber lo que se hacía, Jay apretó el gatillo.

La detonación resonó ensordecedora en aquel reducido espacio. Un circulito rojo apareció instantáneamente en la pechera de la

camisa de Piazzai, quien se detuvo un punto, profiriendo una espantosa imprecación. Pero, rehaciéndose, continuó avanzando, al mismo tiempo que extendía las manos. Sophie, mordiéndose los labios para no gritar, apoyada en la pared, contemplaba la horrible escena con los ojos muy abiertos.

Nuevamente restalló la pistola. Piazzai se estremeció de nuevo, mas no por ello se detuvo.

—¡King-Kong! — le advirtió Jay—. ¡Quieto, ya tienes bastante!

El otro no le hizo caso. El fotógrafo había ido retrocediendo hasta que la pared se lo impidió. La mano derecha del «gángster» se alargó y asió la muñeca de Jay, tirando hacia sí, con el resultado de que, a su pesar, éste se vio obligado a disparar de nuevo.

Un horrendo orificio apareció en la garganta de Piazzai, de la que brotó un arroyo de sangre. El gigante se estremeció de nuevo, con tremendas convulsiones y fue él mismo quien, sin pretenderlo, movió el índice del periodista, hasta que al fin, coincidiendo exactamente con el agotamiento de la carga de la pistola, se derrumbó en el suelo, exhalando un horripilante ronquido. La sangre que le brotaba de las numerosas heridas comenzó a empapar el suelo.

Durante unos momentos, los tres contemplaron como hipnotizados, los cada vez más débiles movimientos de Piazzai hasta que se quedó absolutamente quieto. Y solamente entonces fue cuando la muchacha reaccionó y se arrojó en brazos de Jay, sollozando histéricamente.

—¡Vamos, vamos, muchacha! — dijo el «camareman», tratando de consolarla, lo que consiguió al cabo de pocos momentos.

—Está bien — dijo Hinnitz, cuando vio que Sophie volvía a la normalidad—. Debemos largarnos cuanto antes de aquí. Además de prevenir a la policía de cuanto ocurre, no debemos olvidarnos de que somos periodistas.

Enlazando a la muchacha por el talle, Jay salió del piso, siguiendo a su jefe. Tomaron el ascensor y unos minutos más tarde se hallaban en la azotea, donde les llegó uno de los helicópteros del periódico que Hinnitz había pedido en tanto Jay se ocupaba de calmar a la periodista.

—Sería horrible que esos bandidos llegaran antes que nosotros — dijo Sophie—. Estoy segura de que serían capaces de matar a Zribb y al profesor antes de consentir que nadie se lo llevara.

—Esperemos que no tengan mucha suerte —dijo Jay, ceñudo, revisando la cámara que le habían traído en el mismo aparato. Hinnitz no olvidaba detalle. Ni tampoco armas, pues el piloto del helicóptero se había traído unas cuantas pistolas.

La descripción del coche que ocupaba Zribb era harto conocida de todos, así como la ruta que seguían. Pero también había una cosa cierta, y era que el conductor, con miedo o sin él, lo llevaba a una velocidad suicida, violando todas las leyes del tránsito.

—¡Ahí está! — dijo de repente el piloto. En el tablero de mandos llevaba una pantalla, con mando telescópico, que atrajo la figura del automóvil, cuya matrícula, harto difundida por la radio, reconocieron al instante.

—¡Baje más! ¡Todo lo que pueda! — ordenó Hinnitz, y el piloto del helicóptero obedeció.

En tanto que ejecutaba la maniobra, Sophie preguntó:

—¿Hacia dónde se dirigirá?

—No lo sé... — contestó Jay, quien inmediatamente soltó una exclamación —: ¿Eh,..? ¿Quées eso?

No era aquella autopista una de las más concurridas. Otro coche, sin embargo, podía verse muy cercano al anterior y casi de repente lo alcanzó, empujándolo hacia el borde y haciéndolo detener.

—¡Más aprisa! ¡Más aprisa! — exclamó Hinnitz pero una cosa era evidente; y era que no llegarían a tiempo.

Del segundo de los vehículos saltaron dos hombres, pistola en mano, dirigiéndose al anterior, cuya portezuela abrieron. Protegiéndose el rostro y garganta con las manos, evitando así los furiosos golpes que Zribb les tiraba con las manos, lo sacaron a rastras del interior. Un culatazo en la cabeza lo atontó y ya la cosa fue más fácil.

Llevándose a Zribb casi a hombros, Joe y Trumpler se metieron en su coche, que arrancó inmediatamente a una velocidad suicida.

—¡Se nos van a escapar! — gritó Jay, pues el autogiro no podía apenas seguirle—. ¡Dele todo lo que pueda, piloto!

—No me falta ya más que empujarle con las manos — replicó éste, con la palanca de gas a fondo.

No obstante, ganó algún espacio debido al descenso, y en el coche de los bandidos debieron apercibirse, porque «Llorón» se asomó a una de las ventanillas con la pistola en la mano.

—¡Cuidado! — gritó Jay cuando vio el primer chispazo.

No en balde Joe había hecho del crimen una profesión y por lo tanto su puntería resultó excelente. No tanto como él hubiera querido, pero sí lo suficiente para alcanzar al helicóptero en un punto vital.

Cuando llegaron las balas al aparato, se oyeron una serie de chasquidos, continuados en unos jadeos y toses asmáticas del motor. Las paletas comenzaron a perder velocidad y el autogiro descendió con mayor rapidez aún, y en un sentido casi vertical.

—¡Nos estrellaremos! — gritó asustada la muchacha.

—No se preocupe — dijo él piloto—. Solamente nos romperemos una o dos piernas.

Pero nada de ello ocurrió: las ruedas del tren, aun quebrándose sus patas amortiguaron notablemente el choque y todos pudieron salir de su interior sin más daño que el consiguiente susto, aunque desde luego furiosos a más no poder.

—¿Qué haremos ahora? — exclamó Hinnitz; pero el aullido de unas cuantas sirenas policíacas le dio la solución que buscaba.

Una caravana de automóviles se les echó encima a toda velocidad. Jay salió al centro de la pista, y el primero de los coches se detuvo.

Bastaron unas pocas explicaciones para que los cuatro ocupantes del autogiro, que ahora yacía destrozado fuera de la carretera, fueran distribuidosen los automóviles. Jay y Sohpie ocuparon sendos asientos en el segundo de ellos, que arrancó con el máximo de potencia de su motor.

La radio, conectada constantemente, les daba noticias de la dirección que llevaban los forajidos, y al fin llegó el momento en que se supo definitivamente.

—¿Al astropuerto? — exclamó Jay estupefacto—. ¿Qué pensarán hacer allí?

Pero en aquel momento, el conductor del coche policial gritó:

—¡Allí! ¡Ya se les ve!

—Fuerce la marcha todo lo que pueda — gruñó el sargento Olsen, que iba en el asiento delantero.

—¡Corran hacia allí! ¡Quieren coger un cohete! — gritó Jay, con grandísima razón.

Claramente se veía la intención de Joe y el tejano. Había un par de cohetes supraestratosféricos en las rampas de lanzamiento. Eran aparatos destinados a llevar víveres y personal a las estaciones del espacio, aun cuando también podían servir para vuelos terrestres.

Aullando en disminución de volumen las sirenas, los coches policíacos se echaron encima de la rampa. Se veía claramente que Zribb había recobrado el conocimiento y que luchaba por desasirse, sin grandes resultados. El automóvil en que iba Jay frenó bruscamente y todos saltaron al suelo, el primero el reportero con la cámara fotográfica en la mano izquierda, y la pistola en la derecha. Pero usó más aquélla.

—¡Alto! ¡Quietos! ¡Deténganse! — gritó el teniente, disparando al aire, para intimidarlos.

Joe se volvió e hizo fuego a su vez. Las balas rebotaron sobre el cemento, perdiéndose a lo lejos con agudísimos chillidos. Todo el mundo buscó refugio detrás de los coches, generalizándose el tiroteo.

De pronto, algo ocurrió tras los bandidos.

La puerta del cohete era un rectángulo negro, destacándose con toda claridad contra el fulgor del metal del aparato. Y de aquella negrura salieron varios anaranjados fogonazos, en rapidísima sucesión, al unísono con las detonaciones del arma.

Trumpler cayó redondo, como una masa, sin pronunciar una sola palabra. Se quedó quieto, muerto en el acto. Sin embargo, «Llorón» aún tuvo fuerzas para alzar la mano y disparar, a pesar de sus heridas.

Pero éstas ya le habían puesto un velo rojo en las pupilas y su puntería resultó algo imprecisa. De dentro del cohete partieron dos llamaradas más y, girando sobre sus talones, con una horrible mueca de rabia y dolor en su ensangrentado rostro, Joe se volvió. Anduvo un par de pasos. Pareció tropezar con un invisible muro, y al fin la muerte cortó los invisibles hilos que aún lo sostenían en pie.,

Jay no lo dudó más. Echó a correr, llamando:

—¡Profesor! ¡Profesor! — y de un par de saltos se plantó en la entrada del cohete.

No llegó a entrar. Sintió el cálido aliento de un disparo y se echó a un lado.

—¡Nadie tendrá a Zribb! ¡Nadie, sino yo!—gritaba Proctor, poseído de una furiosa locura. Mas en el mismo momento, el marciano recobró totalmente el uso de sus sentidos, y corrió hacia fuera.

Todavía en uno de los lados de la puerta, Jay alargó el brazo, asiendo a Zribb y apartándolo de la línea de tiro. Su acción, fulminante, salvó la vida al habitante de Marte, porque Proctor, enloquecido, viendo que se le escapaba su presa, volvió a disparar.

No obstante, fue su último cartucho. Jay oyó con toda claridad el ¡click! del percusor al golpear la vaina vacía, y lanzó un grito de júbilo, al mismo tiempo que intentaba colarse dentro del cohete.

Pero se encontró con la puerta que Proctor había cerrado bruscamente. La golpeó con furia, gritando a voz en cuello:

—i Profesor! ¡Abra!

Los policías se echaron encima, tratando de forzarla, sin el menor resultado. Las balas de las pistolas, desde luego, eran completamente inútiles. Se hubiera necesitado una carga de dinamita para hacerla saltar.

De repente un trueno profundo conmovió la atmósfera. Un hondo rugido se percibió, estremeciéndose el cohete, y en el mismo instante un enorme chorro de gases, formando gigantesca llamarada, salió por la tobera de escape.

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí! — gritó el mecánico, que había salido indemne, y todos corrieron como locos para evitar ser abrasados por aquel río de gas ardiendo.

—¡Se escapa! — gritó Jay, con profunda decepción.

Pero el técnico movió lentamente la cabeza.

—No se remontará ni cinco kilómetros — dijo.

—¿Cómo? — Sophie estaba ya al lado del «cameraman» y no pudo evitar la pregunta.

—Tiene los depósitos de combustible completamente exhaustos. Pero, a lo que parece, él no lo sabe — sentenció el mecánico.

El tronido de los gases aumentó hasta convertirse en un

profundísimo silbido que desgarró todos los tímpanos. Trepidó aún más el cohete y, súbitamente, con un estruendo ensordecedor, arrancó como una bala.

A doscientos metros del punto de partida, el aparato enderezó su vuelo, tomando una dirección vertical. Subió muy alto, altísimo, hasta casi desaparecer tras el turbión de gases que eran tan sólo un puntito rojizo contra el azul del cielo.

El punto rojo fue disminuyendo de tamaño hasta hacerse casi invisible. De repente desapareció, para convertirse unos segundos más tarde en una mota negra que permaneció un instante inmóvil en las alturas. Luego, el cohete fue aumentando de tamaño a medida que descendía con rapidez de vértigo, aumentando a cada momento su velocidad y causando un silbido comparable al de una granada, aunque muchísimo mayor.

Sophie no pudo evitar el estrecharse contra Jay, temerosa, fascinada por la escena que presenciaba. El cohete fue ganando en tamaño, así como el silbido que producía al frotar su estructura contra las capas atmosféricas.

De repente cesó el silbido, apagado por una violentísima explosión. A quinientos metros de distancia, un cono de fuego y humo se elevó hacia lo alto y la tierra trepidó como en un terremoto.

Hubo unos momentos de consternado silencio,en tanto que el polvo y el humo eran disipados por la ligera brisa que soplaba.

En el mismo instante, Sophie advirtió que algo muy frío la tocaba la mano. Se volvió con rapidez.

Zribb le estaba mirando con una curiosa expresión en sus inmóviles ojos. Y a la muchacha le pareció que el marciano la sonreía.

* * *

Despidiendo ingentes cantidades de energía por las toberas de escape, frenando con los chorros de gases su descenso, la espacionave se posó lentamente sobre el suelo marciano, árido y pelado.

Una hora más tarde, sus ocupantes se hallaban al pie del aparato, rodeados por una turba de gesticulantes seres de color verde, que parecían mostrar su contento al ver a uno de ellos volver de un sitio del que jamás hubieran soñado se podía regresar.

Y al lado de Zribb, Jay Goddard y Sophie Stracke, ahora también Goddard por su matrimonio con el «cameraman», recibían los

homenajes de los Hribbs, una milenaria raza que ya existía cuando en la Tierra no había más que reptiles y peces.

Jay y Sophie Goddard eran los primeros embajadores de la Tierra en Marte. Pero, además, eran el fotógrafo y cronistas oficiales, por deseo del interesado, de su Majestad Zribb LXXVIII, de la XXIX Dinastía, Rey de Todos los Hribbs de Marte.

FIN

EL MUNDO DÈ LOS ANIMALES



Porque

USTA li Ú

IIIAQAVILLOSA

COLECCION PARA ÍGPOli

CADA

YOlllSUI fl mes flis CUIILIMbiS

u

AMENO

Porque tiene el mismo estilo que una buena novela.

¡INSTRUCTIVO!

Porque forman una nueva y original Historia Natural

¡APASIONANTE!

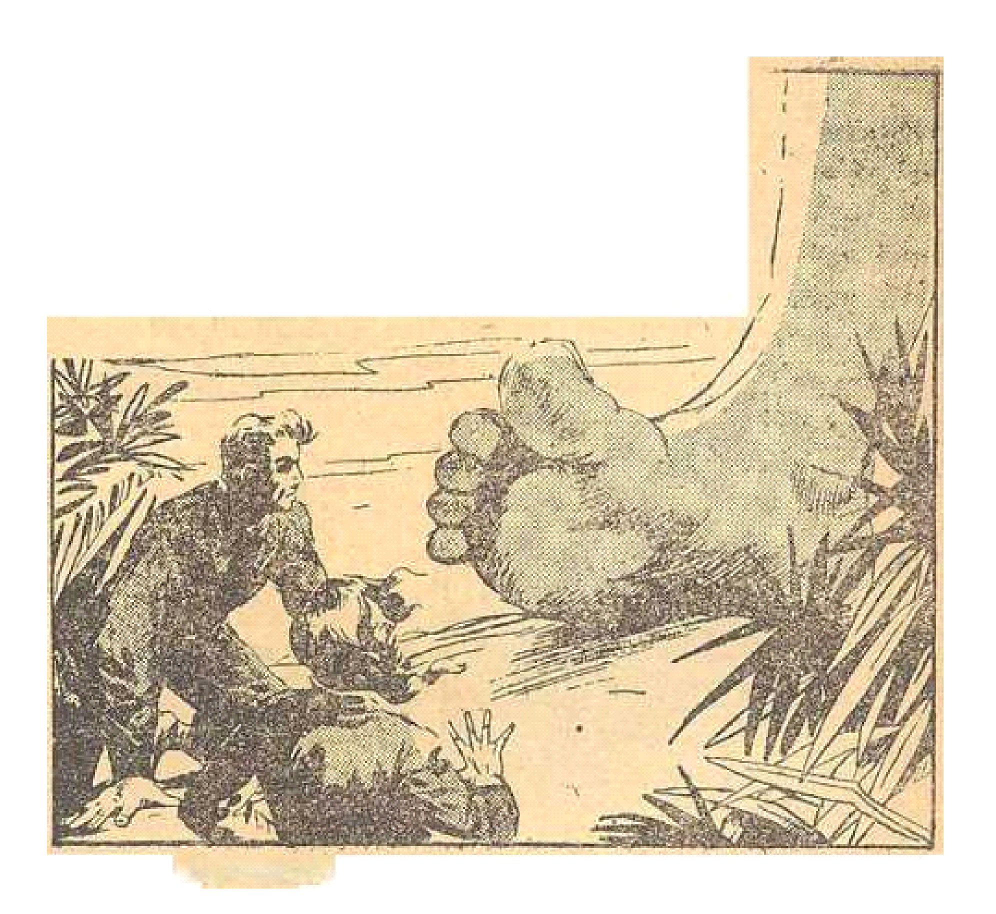
Porque lleva emocionantes relatos de expertos cazadores. DE MODERNA Y CUIDADA PRESENTACION E ILUSTRADO CON NUMEROSAS FOTOGRAFIAS

¡Y SÓLO CUESTA 3 PESETAS CADA VOLUMEN: Estos son los primeros números de

EL MUNDO DE LOS ANIMALES:

1.– El Tigre
2.– El Elefante
3.– El León
4.– La Jirafa
5.– El Camello
6.– El Reno
7.– La Cobra
8.– La Ardilla

¡DELEITESE USTED LEYENDO CUALQUIERA DE ELLOS!



MACRO-H UM ANOS DEJUPITER

Una expedición terrestre, llevando a un marciano condenado a muerte como conejo de indias, emprende un viaje de exploración al colosal Júpiter, en donde una serie de horripilantes sorpresas da el mentís a todas las teorías científicas y provoca tales aventuras, que el ánimo del lector se siente sacudido por la desbordante oleada de emociones.

MAGRO-HUMANOS BE JUPITER

Un relato atrevido y audaz, lleno de unas descripciones tan reales, que trasladan los maravillosos escenarios y los fantásticos seres de otro mundo a las páginas amenas y emotivas de esta novela.

¡Usted recomendará a sus amigos el próximo número, original de

un escritor reformista: LAW SPACE!

MAGRO-HUMANOS DE JUPITER